

LA MADRE DE LOS CONEJOS

ALEJANDRO SIEVEKING

ESTRENADA EN EL TEATRO ANTONIO VARAS, BAJO LA DIRECCIÓN
DE AGUSTIN SIRÉ, EL 7 DE ABRIL DE 1961.

PERSONAJES

HORTENSIA

MIREYA

ELVIRA

MAURICIO

MARIO

TITO

JAIME

SERGIO

ISIDORA

GUILLERMO

PRIMER ACTO

El patio de una vieja casa de un cerro de Valparaíso. Es una que tiene distintos niveles y distintos colores, como si nunca se hubieran decidido a pintarla de una vez –verde, gris, azul, blanco y café– pero a pesar de esto, hay una gran unidad en ella. El techo es de planchas de zinc y la bordea una filigrana de madera calada. La parte derecha de la casa es de dos pisos, en el segundo hay un pequeño balcón cubierto y en él una silla. La baranda es de madera trabajada, en general la casa está llena de pequeños detalles, lo que le da un aspecto recargado y ligero a la vez. El balcón está sostenido por pilares que van desde el suelo hasta el techo. Bajo el balcón queda una pequeña terraza donde también hay sillas. En la pared que hace de fondo a esta terraza hay tres ventanas góticas con vitreaux. Junto al balcón –que sobresale del cuerpo de la casa– hay un árbol grande. Más atrás está la entrada, a la que se llega subiendo por una escala de cuatro peldaños con baranda, que está de perfil con respecto al público. La zona izquierda de la casa es de un solo piso y sobresale del cuerpo central más que el balcón. Tiene una ventana que está constantemente cerrada. La puerta de esta está en la pared izquierda del patio, es de madera y más baja que los marcos. Sobre ella un arco de metal sostiene una plancha con el número de la casa. A la derecha del patio el muro está casi cubierto por una enredadera. Hay una puerta semi-escondida, tiene una mirilla, delante de esta puerta hay un banco que trata de disimularla aún más. El patio fue hace años un jardín, ahora muy descuidado. Hay algunas plantas en maceteros, hortensias y helechos. Al fondo, arriba, se ven los cerros de Valparaíso, de modo que ni un trozo de cielo es visible. Las casas que se ven al fondo son de diversos colores pero todos en un tono oscuro. Se ve también un poste de luz y los cables. A veces un viento suave trae ruidos mezclados, que vienen de los cerros, ruidos de radios, risas, sonidos indefinibles, trenes, silbidos, que vienen en el aire y se disuelven en él. Fines de 1957. El escenario está vacío, se abre la puerta de la casa y aparece Hortensia, la empleada, sesenta años, de aspecto descuidado.

- HORTENSIA: ¡Don Mario! ¡Oiga, don Mario! *(MIRA HACIA TODOS LADOS, SE ACERCA A LA PUERTA DE LA DERECHA Y MIRA AL TERRENO VACÍO POR LA MIRILLA QUE HAY EN ESTA PUERTA. SE ALEJA DE ELLA.)*
¡Don Mario!
- ELVIRA: *(APARECE EN EL BALCÓN DEL SEGUNDO PISO. TIENE CASI CINCUENTA AÑOS Y, AUNQUE FUERTE Y SANA, APARENTA MÁS. PELO CASTAÑO CANOSO, GRANDES OJOS OSCUROS Y LABIOS FINOS. UN ROSTRO QUE HASTA EN LA SONRISA MUESTRA ALGO FIRME Y DETERMINADO. SABE, SIN EMBARGO, SER EXTREMADAMENTE DULCE, Y ENTONCES SUS GRANDES OJOS SE SUAVIZAN. ES MÁS BIEN BAJA, Y A PESAR DE SUS AÑOS NO HA ENGORDADO. VISTE EN FORMA SENCILLA.)*
Mario no ha llegado todavía, ¿para qué lo quiere?
- HORTENSIA: ¡Pero si 'staba aquí recién... es que... Fíjese qu'estuve en la cocina y... no sé si sería él, pero se volaron los canarios, señora. Yo siempre me fijo tan bien. pues señora. A mí no se m'han escapao. ¡Si' estaba too el día pendiente'e los pajaritos! ¿y no m'iba a fijar? La puerta estaba abierta, yo nunca la dejo abierta. M'entretenía tanto con los canarios, ¿cómo no los iba cuidar?... Yo no digo que haya sío don Mario, pero yo no hay sío, fíjese. ¡Qué cosa más rara! ¿no?... A lo mejor, el gato de don Mario, pensé yo después, se ha comío los canarios.
Quizá andan por aquí, toavía, dicen qu'echándoles sal en la cola, se pescan. A lo mejor en el terreno di al lao ¡Qué pena que no se puea abrir esta puerta!
- ELVIRA: *(INTERRUMPIÉNDOLA.)* No. No hay llave.
- HORTENSIA: Ay Entonces, si llega don Mario, podría ir a ver, ¿no?
- ELVIRA: Dígale, cuando vuelva.

HORTENSIA: ¿Y don Jaime? (*ELVIRA NO CONTESTA.*) Ah, perdóne, señora. (*ENTRA A LA CASA.*)

ELVIRA: (*HABLANDO HACIA ADENTRO.*) No. Era la Hortensia ¡Qué calor hace aquí afuera! Ya falta poco para el verano. Cada año el tiempo pasa más rápido, ¿no encuentras... ¿Ah?... Sí, claro... Un buque italiano, de los grandes, de pasajeros Y, después de todo, nunca fuimos a Italia, como habíamos pensado. Íbamos a ir a Italia cuando tuviéramos plata. ¡Uff! Estoy segura que ni te acuerdas... Y ahora no podemos... No, si no digo que no haya plata, pero... tu salud, ahora... Tienes que cuidarte. Dicen que los viajes por mar hacen bien para la salud Es un buque blanco, muy grande... (*MIRA HACIA EL TERRENO DEL LADO.*) ¡Qué raro que no hayan vuelto a edificar desde hace tanto tiempo! Aquí en el terreno del lado... ¿Qué?, ¿el incendio?... No, mucho más. Fue en... a ver... en el año... 1900... a ver... siete, ocho, once años!... 1957... en 1946 fue. La María Cristina tenía ocho años La María Cristina... se subía a la tapia por el banco y saltaba al otro lado. Siempre buscando cosas. Ahí encontró la medallita ¿te acuerdas? No se la sacó nunca más... (*AGRIA.*) ¿Cómo no voy a pensar en eso? A veces siento que me ahogo de rabia todavía, no puedo evitarlo... ¿Has pensado que si la niña estuviera viva, todo sería como antes, como lo habíamos planeado? Todos juntos... La madre de los conejos y sus conejitos... Alguien lo escribió en la pared de la calle. «La coneja». Ese tiene que haber sido un alumno mío que no se olvida... Habría sido bonito, Guillermo, ¡todos juntos!, todo como lo habíamos planeado. Por eso tengo rabia, por eso tendré rabia siempre... Si sé, ¡si sé!, pero yo... (*MIRA HACIA LA CALLE.*) Hola, ¿dónde andaba, m'hijito?

Voz de MARIO: Fui a ver si estaban listos mis libros.

ELVIRA: ¿Qué libros?

- Voz de MARIO: Las revistas viejas que mandé a empastar. Quedan como nuevas.
- ELVIRA: ¿Qué pasa? ¿Por qué no entras?
- Voz de MARIO: Estoy... eh... mirando una cosa.
- ELVIRA: Sé perfectamente lo que estás haciendo. Estás borrando eso que escribieron en la pared. Si lo vi... *(HACIA ADENTRO.)* Lo que te conté. Alguien que puso «La coneja» con tiza, ahí afuera. *(A MARIO.)* ¿Pasaste por el negocio?
- Voz de MARIO: Sí.
- ELVIRA: ¿Ya se van a venir?
- Voz de MARIO: En un rato más.
- ELVIRA: Ya ¡éntrate! Deja eso tal como está. Me pones nerviosa.
- Voz de MARIO: Ya voy *(ENTRA CON SU BICICLETA, QUE DEJA APOYADA EN LA PARED. TIENE VEINTE AÑOS Y ASPECTO INFANTIL. VISTE CON DESCUIDO, USA BLUEJEANS VIEJOS Y CAMISA SPORT.)*
- ELVIRA: ¿Por qué lo borraste? ¿Te dio vergüenza?
- MARIO: ¿Se te ocurre? Me dio rabia. Para que veas cómo son tus famosos alumnos. De todos, no sacas uno como la gente ¡son más desgraciados!
- ELVIRA: Todos no son iguales.
- MARIO: Siempre los defiendes. *(CELOSO.)* ¿Los quieres mucho?
- ELVIRA: No, pero hay unos mejores que otros. En esta época es cuando son más difíciles, les da por faltar a clases y mandarse a cambiar a la playa. Hay que ser más

dura que nunca.

MARIO: Me habría gustado tener clases contigo.

ELVIRA: Te habrías aburrido igual.

MARIO: No. Contigo es distinto.

ELVIRA: Oye, cuando pasaste por el negocio, ¿viste a la Isidora?

MARIO: No estaba. Salió con la Mireya. Fueron a comprarse medias, parece. Además, me tinca que se quedaron a tomar once en el centro... (CON GRAN TERNURA Y SENCILLEZ.) Oye, mami, un día que salgamos juntos, te invito a tomar té en el centro, ¿quieres ir?

ELVIRA: Claro, un día podemos ir.

MARIO: Tu siempre dices «claro» y después no vamos nunca.

Entra jaime, que viene de la calle. tiene veintidós años, rostro muy agradable y tímido, se le ve como una persona que cree no tener derecho a nada y hasta el hecho de que le hablen parece sorprenderlo. es muy sensible e introvertido. sin embargo, mario tiene la facultad de irritarlo, y siempre sus relaciones son muy tirantes.

JAIME: Te trajiste la llave del subterráneo.

MARIO: La tengo en la chaqueta.

JAIME: Bueno, dámela, entonces.

MARIO: Ya, espérate. (SE SIENTA Y SE AMARRA EL CORDÓN DEL ZAPATO.)

JAIME: Tráela luego, ¿Ya?

- MARIO: ¡Chis!, ¿creís que soy empleao tuyo? *(ENTRA EN LA CASA. JAIME VE A ELVIRA EN EL BALCÓN. ELLA NO LO MIRA Y LOS DOS SE QUEDAN INMÓVILES Y MUDOS. POCOS MOMENTOS DESPUÉS APARECE MARIO CON LA LLAVE. SE LA ENTREGA Y JAIME SALE.)* Oye, Jaime... ¡Jaime!
- JAIME: *(VOLVIENDO.)* ¿Qué?
- MARIO: Dile a Tito que se acabó el vino blanco, que traiga unas tres botellas. *(JAIME SALE NUEVAMENTE. MARIO SE DA CUENTA DE LA PRESENCIA DE ELVIRA.)* Bah, yo creí que te habías entrado...
- ELVIRA: No... ¿por qué?
- MARIO: Por... *(HACE UN GESTO VAGO HACIA EL LUGAR POR DONDE SALIÓ JAIME.)* Por nada. Era el viento. El viento dio un portazo ¡Mira, parece el título de un libro! Fíjate que se me ocurrió un título nuevo bien bueno. Mira: La llama bajo el hielo. ¿Te gusta? Claro que se parece un poco al que se me ocurrió la semana pasada. Algún día voy a escribir algo aparte de los títulos, pero ¡es tan difícil! ni siquiera se me ocurre escribir un cuento... y tanto título bonito que tengo, ¿ah?
- ELVIRA: Si, m'hijito, pero los títulos no te sirven para nada.
- MARIO: *(RÍE.)* ¿Cómo sabes?... Lo que pasa es que empiezo a escribir y me aburro altiro; ¡hay que pensar tanto!... ¿Sabes qué me gustaría hacer? Escribir artículos en revistas, eso sí que sería entretenido. Ah, te traje el diario. Siguen con la cuestión esa, del Sputnik. *(SACA EL DIARIO DE LA BICICLETA, DONDE LO TIENE AMARRADO Y, SUBIÉNDOSE AL BANCO DE LA DERECHA, SE LO ENTREGA A ELVIRA.)*
- ELVIRA: *(COGIÉNDOLO.)* Ya, gracias. *(MARIO ENTRA A LA CASA. ELVIRA MIRA EL DIARIO Y EN ESE MOMENTO LE HABLAN DESDE ADENTRO.)*

¿Qué?... La próxima semana podrás levantarte todos los días, y después podrás salir. No te creo. (*IRÓNICA.*) ¡No vas a saber dónde ir! Estoy segura que te irás de cabeza a ver las partidas de fútbol... Aquí tengo el diario ¿quieres que te lo lea?... ¿Sabías que «Sputnik» significa: Lunita? «Es el paso más importante del hombre en su carrera a la luna»... Esta gente ya no halla qué hacer. «Con este exitoso experimento culminan una serie de pruebas encaminadas a una de las tareas más ambiciosas del hombre, la conquista del universo». ¿Para qué quieren conquistar el universo cuando aquí hay tanto que hacer? (*SE QUEDA PENSANDO.*) Cuando leo estas cosas me siento vieja... Te ríes, ¿ah? Pero me siento cada vez más fuerte y quiero hacer miles de cosas. Cuando una se pone a descansar es cuando comienza a envejecer, así es que esos niños tendrán que seguir aguantándome por un buen tiempo todavía, porque no voy a pedir la jubilación... Hace calor... El Tito fue a ver una casa a la calle Condell... es mejor así, creo yo... Bueno, si quieres les dices que se queden, pero yo creo que cuando nazca la guagua se les va a hacer chica la pieza. ¡Es lógico que quieran tener su casa aparte!... Además, por Mario es mejor que... por nada, pero es mejor que no los vea así, como andaban cuando volvieron de la luna de miel. Al fin y al cabo, él también... ch, tú sabes... Sí, pero es un niño especial, no es como los demás... (*CAMBIA BRUSCAMENTE A UN TONO ALEGRE Y LIVIANO.*) Vas a ser abuelo y vas a ponerte chocho con la guagua, ya te veo... Claro que sí, también me pondré chocha. Ojalá sea una... No. Ojalá sea un niño. (*MIRA HACIA LA CALLE.*) Ahí viene la Isidora con la Mireya, voy a bajar.

Voz de MIREYA:

Señora Elvy, fíjese que se me olvidó la llave, dígale a la Hortensia que me abra, por favor.

ELVIRA:

(*LLAMANDO.*) Marito, venga a abrir la puerta.

Desaparece en el interior de la casa. Mario entra, abre la puerta de calle y hace pasar a Isidora, Mireya y Mauricio. Isidora es una muchacha de diecinueve años. Sigue la moda hasta donde le parece que esta moda le queda bien. Es delgada y un poquito posera, «cultiva» su tipo. Se viste en forma muy cuidadosa, con buen gusto, pero sin ser demasiado llamativa. Es más atractiva que bonita. Mireya, su hermana mayor, tiene veintidós años, está embarazada de ocho meses y no ha tenido problemas. No es tan atractiva como Isidora, pero es bastante agradable y simpática. Por su embarazo está un poco gorda. Mauricio es buenmozo, de lo cual está perfectamente consciente, tiene veintiún años y viste su uniforme de cadete, se saludan.

MARIO: ¡Qui'ubo!

ISIDORA: ¡Hola!

MIREYA: Qui'ubo.

MAURICIO: ¡Hola! ¿qué tal?

ISIDORA: (A MARIO.) ¿Tú conoces a Mauricio?

MARIO: Claro, era compañero de Jaime. Jaime se fue recién.

MAURICIO: Hace años que no venía.

MIREYA: (A MAURICIO, QUE LLEVA UN PAQUETE.) Déjalo ahí, nomás. (INDICA UNA SILLA.) Muchas gracias.

MAURICIO: De nada.

MIREYA: (SE SIENTA.) ¡Ay, Dios!. Vengo molida de tanto caminar.

MARIO: ¡Y a quién se le ocurre salir así, pues! Si sigues así vas a tener la guagua en el centro... ¿Adónde fueron?

ISIDORA: De compras.

- MAURICIO: Bueno, las dejo sanas y salvas. Un día de estos, cuando tenga una fiesta, te vengo a buscar, ¿qué te parece?
- ISIDORA: ¡Estupendo!
- MAURICIO: ¡Ya! ¿Te conté que me van a regalar una motoneta para mi cumpleaños? Claro que no podré usarla todavía, por la Escuela... pero cuando tenga tiempo libre te saco a dar una vuelta.
- ISIDORA: Ya, regio.
- MAURICIO: ¿Tú te quedas aquí hasta el próximo año?
- ISIDORA: Hasta marzo.
- MAURICIO: ¿Y por qué no estudias aquí?
- ISIDORA: No. Es mejor Santiago.
- MAURICIO: Según...
- MARIO: ¡Tengo unas ganas de conocer Santiago!
- ISIDORA: ¿No has ido nunca?
- MARIO: Sí, pero era muy chico... Sergio estuvo viviendo allá. Estudió cuatro años en el Pedagógico.
- MIREYA: Yo encuentro que el clima de Valparaíso es peor para Sergio que el de Santiago. ¡Y todo lo que camina! Mi tía Marta, que también tenía eso a los riñones, ¿cómo se llama?, se cuidaba como si fuera de cristal.
- MAURICIO: ¿Y se mejoró?
- MIREYA: Bueno... Es que ella era una señora de edad, hacía mucho tiempo que estaba enferma, así es que no fue mucho lo que se pudo hacer... Pero Sergio es tan

cabro, no es igual.

MAURICIO: ¡Ah! ¿Y Sergio no va a volver a la universidad?

MARIO: No quiere. Dice que no vale la pena. Sobre todo que ser profesor es tan sacrificado, hay que tener mucha resistencia. Y él no la tiene.

MAURICIO: ¡Que lástima! ¿no?... A lo mejor con un buen tratamiento...

MARIO: Ya ha perdido más de cinco años en tratamiento. Siempre le vuelve.

MAURICIO: Ahora hay remedio para todo... *(PAUSA. MIREYA SE ABANICA CON UNA REVISTA.)*

ISIDORA: Oye, Mario ¿se acordaría Jaime de lo que me prometió?

MARIO: ¿Que cosa?

ISIDORA: Le pedí una botellita chica de enguindado.

MARIO: No tengo idea.

MIREYA: ¿Para qué?

ISIDORA: Para tomar. Tengo ganas de tomar enguindado, es el único trago fuerte que me gusta.

MAURICIO: ¿Sí? ¡Que lástima no haberlo sabido antes! Pero cuando quieras, nomás, te convido.

ISIDORA: ¿A qué?

MAURICIO: A tomarte un enguindado, pues. Podemos ir a Viña, al Casino. ¿Te darán permiso, ¿verdad?

ISIDORA: *(A YEYA, BROMEANDO.)* ¿Me das permiso, Yeya?

- MIREYA: *(SIGUIENDO EL JUEGO.)* Según como te portes.
- MAURICIO: ¿Así que tú haces las veces de mamá?
- MIREYA: Buuu, imagínate, ¡desde hace diez años!
- MAURICIO: ¿Y te hace caso?
- MIREYA: A veces, nomás.
- MAURICIO: En cambio mi hermana no le hace caso a nadie.
- MARIO: ¿Qué cuenta tu hermana?
- MAURICIO: Ahí está, re bien. Se acuerda bien seguido de ustedes.
Como ella era compañera de la María Cristina...
- ISIDORA: ¿De quién?
- MAURICIO: La María Cristina. La hermana de los chiquillos, pues.
- ISIDORA: Ah, sí...
- MAURICIO: Se querían mucho. Me acuerdo que la pobre estuvo llorando un día entero cuando ocurrió el accidente.
- ISIDORA: ¿Qué accidente?
- MAURICIO: El accidente de la María Cristina, pues.
- MIREYA: Pero ¿cómo pudo pasar eso; ¿no?
- MAURICIO: ¿Cómo no van a saber? Si lo sabe hasta...
- MARIO: *(CORTANTE.)* A mi mamá no le gusta que hablen de eso... Fue un accidente nomás. No fue eso que dice la gente. Es una idiotez, ¡tenía doce años!
- ISIDORA: Y ¿qué es lo que dice la gente?

- MAURICIO: La gente... bueno, no todos, por supuesto, decían que ella... bueno... (A MARIO.) Tú sabes, ¿no?
- MARIO: ¡Son mentiras!
- ISIDORA: ¿Qué decían, pues? ¡Por Dios que están misteriosos!
- MAURICIO: Decían que ella no se había caído... que ella... adrede...
- MARIO: *(INTERRUMPIÉNDOLO.)* ¡Claro que no es cierto! Tenía doce años, ¿cómo se iba a tirar? Se cayó... venía el tren... ella estaba cerca de la línea, y perdió el equilibrio... fue así. Y Jaime... *(SE QUEDA CALLADO BRUSCAMENTE.)*
- MAURICIO: ¿Jaime qué?
- MARIO: *(CON ÍMPETU, PARA NO CONTESTAR.)* Ustedes saben cómo es de habladora la gente de aquí. ¡Miren la media idiotez! Tienen que estar locos ¿no? ¡Una niñita de doce años! Y andaban diciendo esas leseras de que no era un accidente, que se había dejado caer... ¡En cuanto se aburren empiezan a hablar, y hablan y hablan y hablan! ¡Son más...!
- ISIDORA: Ey, yo no había oído nada, fíjate.
- MARIO: A mi mamá no le gusta que hablen de eso.
- MAURICIO: Perdona, a lo mejor yo no debería haberles contado.
- MARIO: No, si es mejor. Total, de todos modos iban a saberlo, tarde o temprano. Son de la familia, ¿no?... Es decir... ¿qué importa que lo sepan? No tiene nada que no se pueda saber.
- MAURICIO: Claro, son tonteras de la gente, lo que pasa es que decían que ella no tenía nada que hacer en la estación, pero... *(ENTRA HORTENSIA.)*

- HORTENSIA: Buenas tardes, señora Yeya, buenas tardes, Isidorita, Buenas... Oiga, Marito, ¿supo lo de los canarios?
- MARIO: No, ¿qué pasó?
- HORTENSIA: Se volaron, pues. Yo no sé cómo. Cuando fui a verlos, estaba la puerta abierta y como la ventana también estaba abierta...
- MARIO: Pero, Hortensia, ¿cómo no se fija?
- HORTENSIA: A lo mejor se han ido pal' terreno día'al lao. ¿Por qué no echa una miradita, por si acaso?
- MARIO: ¡Qué lata!... Bueno, habrá que ir. *(SE SUBE AL BANCO DE LA DERECHA.)*
- MAURICIO: Oye, a mí se me está haciendo tarde... Me voy. *(A ISIDORA.)* Entonces, ¿te llamo por teléfono?
- ISIDORA: Claro.
- MAURICIO: Y... bueno, ojalá tenga luego otro día libre, entonces te vengo a buscar y salimos a bailar a alguna parte.
- ISIDORA: Pero avísame con tiempo.
- MAURICIO: Sure... Hasta luego, entonces. *(A MARIO.)* Saludos a tu mamá.
- ISIDORA: Chao. *(MIREYA Y MARIO SE DESPIDEN. MAURICIO SALE.)*
- MARIO: ¿Le conocías de antes?
- ISIDORA: Sí, en una fiesta... Es simpático.
- MARIO: *(SE ENCOGE DE HOMBROS.)* No sé, ah, pero a mí nunca me ha caído bien ¡Tcht! bueno, voy a ver si hay algún canario por aquí. *(SE ENCARAMA AL MURO. ENTRA ELVIRA.)*

- ELVIRA: Hortensia, por Dios, la he estado llamando desde hace media hora.
- HORTENSIA: Estaba contándole a don Marito lo de los canarios, señora.
- MARIO: Voy a ver si se vinieron para este lado.
- ELVIRA: Vuelve luego.
- MARIO: Sí. *(BAJA AL OTRO LADO.)*
- ELVIRA: *(A ISIDORA.)* ¿Cómo le va, m'hijita?
- ISIDORA: ¿Cómo está señora Elvy?... ¿No tienen llave de esta puerta?
- ELVIRA: No... Vuelvo al tiro, m'hijita... Venga Hortensia. *(HORTENSIA SE ACERCA A ELLA.)* ¿Cuántas veces le he dicho que no me deje la cocina en esa forma?
- HORTENSIA: La estaba arreglando, señora.
- ELVIRA: Venga a ver. *(SALEN.)*
- MIREYA: Claro, y a mí para qué me saluda, pues... Señora más rara que esta, no he visto en mi vida.
- ISIDORA: Sí, pero es una monada.
- MIREYA: Es que está chocha contigo. Te quiere más que a Tito, por lo menos.
- ISIDORA: ¿Estás loca? A ti te quiere hartito, no puedes decir que no.
- MIREYA: No mucho, mira.. Claro que dice las cosas de un modo que nadie puede sentirse ofendido, pero, en resumidas cuentas, nos «sugirió» amablemente que, con la guagua, se nos iba a hacer chica la pieza y que nos convenía buscar casa.
- ISIDORA: ¡Pero si es cierto!

- MIREYA: Sí, claro, pero yo no necesitaba que me lo dijera... Lo que pasa es que Tito es el único que se atreve a hacerle frente. Los otros, callados. Y a ese pobre Jaime que no le habla nunca. En estos ocho meses, ni una sola palabra. En cambio con Sergio y con Mario se derrite. ¡Qué raro!, ¿no?
- ISIDORA: ¿Y Tito no te ha dicho nada?
- MIREYA: ¿Se te ocurre? Hay que sacarle las palabras con tirabuzón... Pero parece que este asunto es de años. Tiene que haber sido algo terrible, ¿no crees?... *(SE OYEN GRITOS DE MARIO.)*
- MARIO: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Hay uno en el cerezo! ¡Mamá! ¡qué hago! *(ISIDORA SUBE AL BANCO.)* ¡Mamá!
- ISIDORA: *(MIRANDO HACIA EL TERRENO VECINO POR ENCIMA DE LA PARED.)* No seas tonto, así no, se te va a escapar... *(EXCLAMACIÓN DE MARIO.)* ¡Ay! Yo te dije... Buuu, ahora si que se fue lejos... ¡Qué grande el terreno!, ¿ah...? ¿Y eso? Es un cerezo, ¿no?
- MARIO: *(DESDE EL LADO.)* Sí, lo plantó Jaime.
- ISIDORA: ¿Jaime?... *(CASI ENSEGUIDA APARECE MARIO SOBRE EL MURO.)* Oye, ¿por qué tu mamá no le habla a Jaime?
- MARIO: *(TURBADO POR LO DIRECTO DE LA PREGUNTA.)* Porque... están peleados...
- ISIDORA: ¿Hace mucho tiempo?
- MARIO: Siete años.
- ISIDORA: ¿Siete años? ¿Siete años que no le habla?
- MARIO: Sí.
- ISIDORA: Jaime tiene que haber hecho algo terrible.

- MARIO: (NERVIOSO.) Sí.
- ISIDORA: ¿Qué hizo?
- MARIO: (QUE NO QUIERE DECIRLO.) Eh... yo... yo no estoy seguro... Tú sabes que la María Cristina, bueno... no sé.. perdona, pero...
- ISIDORA: Perdóname tú, no debo meterme en lo que no me importa.
- MARIO: Bueno... no es eso, es que... (APARECE ELVIRA EN LA PUERTA DE LA CASA.)
- ELVIRA: ¿Para qué me llamabas?
- MARIO: (NERVIOSO.) No... es que... encontré un canario y se me voló. (ISIDORA Y ÉL BAJAN AL PATIO.)
- ELVIRA: ¿Pensabas que lo ibas a agarrar con la mano?
- MARIO: Sí, creía... como no están acostumbrados a volar...
- ELVIRA: Pero vuelan. Y tú no.
- MARIO: ¿Cómo sabes? A lo mejor un día aprendo a volar y me voy lejos.
- ELVIRA: ¿Y serías capaz de dejarme sola?
- MARIO: Tú sabes que nunca te voy a dejar.
- ISIDORA: Pero usted nunca está sola. Con cuatro hijos...
- ELVIRA: A veces si... Oiga, m'hijito, no hay nadie con su papá, ¿por qué no sube a acompañarlo un rato?
- MARIO: Pero después vas tú también.
- ELVIRA: Sí, en un rato más. (MARIO SALE.) ¿Por qué no te

sientas, Isidora? Ahora está más fresco. Hacía tanto calor.

ISIDORA: Nosotras casi nos asamos en el centro.

ELVIRA: ¿Tomaron té?

MIREYA: Sí, fuimos a ese café nuevo que hay frente a la plaza.

ELVIRA: No he ido nunca. Un día nos podemos poner de acuerdo y vamos.

ISIDORA: Estuvimos a punto de ir a ver la película del Victoria, pero no habían entradas, así que nos quedamos con las ganas.

ELVIRA: ¡Ah! Sí... la vi. El tema de moda, la madre dominante que tiraniza a sus hijos. La juventud incomprendida y todas esas cosas. Últimamente he leído tres libros sobre lo mismo... ¡Y claro que es cierto eso de que las madres seamos dominantes!, ¡claro que sí!... En las casas de mis alumnos pasa lo mismo. ¿Quién trabaja?, ¡la madre!... Mientras tanto el hombre sufre, se siente incomprendido y solitario, o se dedica al trago... ¡Y encima nos exigen que tenemos que comprender a los niñitos que bailan rock-and-roll y se matan en motoneta! Es demasiado... Prefiero ser «la coneja» y no la madre de los conejos. ¿Sabes que en el Liceo me decían así «La coneja»? Es que tuve los niños casi uno detrás de otro, y perdía clases. Siempre me veían embarazada, a punto de tener guagua. Y me pusieron «la coneja». Yo me sentía así, por eso nunca me molesté con ellos.

ISIDORA: Es un sobrenombre muy simpático.

MIREYA: ¡Qué maravilla tener cinco niños!

ELVIRA: Cinco. Cuatro hombres y una mujercita. La niña María Cristina. Era tan encantadora. Todas las personas

buenas, como ella, mueren jóvenes. Ahora tendría exactamente tu edad, Isidora. Diecinueve años.

ISIDORA: ¿Cuándo dijo usted que se murió?

ELVIRA: Hace siete años.

ISIDORA: ¿Siete años?

ELVIRA: Y se te parecía un poco. Si estuviese viva parecería tu hermana. Apenas te vi me dió la impresión de que te conocía desde hace mucho tiempo... Tú has visto la foto. La de la sala, cuando hizo la primera comunión... Era una niña, nada más.
¡tan alegre, tan buen genio! Apenas un poco más de los doce años... ¿Te has fijado en la medallita que tiene en esa foto? Un día fue al terreno del lado y la encontró ahí, entre unos palos. Nunca más se la sacó, pero después de... No se encontró. A lo mejor la perdió antes. En ese tiempo la había abandonado un poco porque Sergio se había enfermado de nefritis y tenía que cuidarlo casi todo el día... Y de repente... en fin, hay que tratar de resignarse. Pero no puedo, hay algo dentro de mi que no funciona bien, seguramente... pero no puedo resignarme...
(SILENCIO.)

ISIDORA: ¿Y don Guillermo, cómo ha estado?

ELVIRA: Muy bien, m'hijita, gracias. La próxima semana se levanta.
¡Ah! de veras que ya les había contado. (SE ESCUCHAN VOCES QUE SE ACERCAN.) Ellos son, parece.

MIREYA: Sí. Esa es la voz de Tito.

Entran, por la puerta de calle, tito, sergio y jaime. se saludan todos. Elvira besa a sergio y a tito. Hace como si no viera a jaime. Tito es el mayor de los hermanos, tiene veintiséis años. es alto, macizo y moreno, de aspecto un poco pesado. es deportista, sano. Se viste mal. Sergio es el segundo, tiene veinticuatro años, es delgado y algo más pálido que los demás. Es buen mozo, pero se ve más débil que los otros. Despierta más ternura y simpatía que amor. Es inseguro y depresivo. Se viste cuidadosamente, tiene un gesto característico, a menudo estira el cuello, como si le apretara el cuello de la camisa. Tito trae un chuico de vino.

- ISIDORA: *(MIENTRAS LOS DEMÁS SE SALUDAN.)* ¿Me trajiste eso?
- JAIME: *(PASÁNDOLE UNA BOTELLITA.)* Toma.
- ISIDORA: *(MIRÁNDOLO.)* Muchas gracias.
- JAIME: *(SONRÍE.)* De nada.
- SERGIO: ¿Qué es eso?, ¿un filtro de amor? *(BROMEANDO.)*
- ISIDORA: *(COQUETEANDO CON TODOS.)* ¡Ay! no seas pesado...
- TITO: ¿Cómo ha estado el viejo?
- ELVIRA: Bien.
- TITO: Voy a ir a echarle un vistazo. ¿Vamos Yeya?
- MIREYA: Vamos. *(LOS DOS ENTRAN A LA CASA. MIREYA DEJA SU TEJIDO SOBRE LA SILLA.)*
- ELVIRA: Este siempre quiso más a su padre. Era su regalón. En cambio Sergio regaloneaba conmigo, ¿no es cierto? *(TOMA DEL BRAZO A SERGIO.)*
- SERGIO: Claro que sí.
- ELVIRA: *(TOMANDO EL TEJIDO DE MIREYA.)* Se le quedó el

tejido a la Yeya. *(SE LE CAE EL OVILLO DE LANA QUE VA A DAR A LOS PIES DE JAIME, QUE SE INCLINA A RECOGERLO. ELVIRA AL VER SU GESTO PIDE A SERGIO EN FORMA RÁPIDA.)* Recógeme el ovillo, Sergio *(JAIME YA LO HA RECOGIDO.)* *(A SERGIO.)* El ovillo.

SERGIO: ¡Mamá! *(JAIME ESTÁ INMÓVIL, SIN SABER QUÉ HACER CON EL OVILLO.)*

ELVIRA: El ovillo, Sergio. *(SERGIO, VENCIDO, TOMA EL OVILLO DE MANOS DE JAIME Y SE LO ENTREGA A ELVIRA. SE ALEJA, PERO ELLA LO PERSIGUE, MI-MÁNDOLO PARA HACERLE OLVIDAR EL INCIDENTE.)* ¿Cómo has estado? ¿Mucho calor?

SERGIO: Un poco.

ELVIRA: Es bueno que transpires. Eso te hace bien. Me imagino que no habrás trabajado.

SERGIO: No. Estuve sentado, sacando cuentas. *(ELVIRA LE PONE LA MANO EN LA FRENTE PARA VER SI TIENE FIEBRE.)* Debí haber estudiado contabilidad en vez de perder el tiempo en el Pedagógico.

ELVIRA: No digas eso. No fue tiempo perdido.

SERGIO: ¿Cómo que no? Cuatro años estudiando para nada.

ELVIRA: Pero puedes volver cuando quieras. En cuanto estés mejor puedes terminar.

SERGIO: ¿En cuánto esté mejor? ¡Mamá! Tú sabes que...

ELVIRA: Tienes que volver allá. Este no es lugar para ti, lindo. No te conformes con ser un mediocre. Estudia... ¡si no eres tonto! Puedes ser alguien. Ya ves tú, mis hermanos, como han surgido. Puro trabajo, todo el día, hasta que consiguieron lo que querían. A fuerza de estudio y de no cejar ni un segundo. Hay

que fijarse un camino y no apartarse de él, aunque el mundo se venga abajo. *(SERGIO LA MIRA, SABRIENDO QUE NADA DE ESO ES POSIBLE PARA ÉL. ELLA ENCUENTRA ESA MIRADA. SUPLICANTE.)* ¿Por qué no? ¡Lo vas a hacer! ¿Qué es eso de echarse a morir por tan poca cosa? Uno tiene que pelear por lo que quiere hasta conseguirlo.

- SERGIO: *(CON INTENCIÓN.)* Sí, mamá, estoy viviendo porque estoy luchando por algo. *(MARIO APARECE EN EL BALCÓN DEL SEGUNDO PISO.)*
 Mi papá dice que subas un segundo.
- MARIO: ¿Para qué?
- ELVIRA: No sé... ese enredo de la pieza y el departamento de Tito... No entendí nada.
- MARIO: Ya voy. Vuelvo altiro. *(SALE.)*
- ELVIRA: *(SE ACERCA A JAIME Y LE PONE LA MANO EN EL HOMBRO PARA DARLE A ENTENDER QUE ESTÁ DE SU PARTE, LEVANTA LA OTRA MANO A LA ALTURA DEL HOMBRO, IMITANDO EL SALUDO DE LOS INDIOS DE LAS PELÍCULAS DE COW-BOYS.)* ¡Augh!
- SERGIO: *(TORPEMENTE.)* ¡Augh! *(SERGIO SONRÍE Y LE ARREBATA A ISIDORA LA REVISTA QUE TIENE EN SUS MANOS.)*
- JAIME: ¿Es la última?
- ISIDORA: Sí.
- SERGIO: Voy a ver mi horóscopo.
- ISIDORA: *(A JAIME.)* Pensaba que se te iba a olvidar.
- JAIME: No se me olvidó.
- ISIDORA: No... *(SONRÍE. NO SABEN QUÉ DECIRSE. ELLA,*

NERVIOSA, LLEGA HASTA LA PUERTA DE CALLE Y LA ABRE.) Es fea la casa de enfrente...
¿Ahí vive la señora Carmen?

JAIME: Sí.

ISIDORA: ¿La conoces?

JAIME: No.

ISIDORA: ¿Es lo que dice tu mamá?

JAIME: ¿Qué dice?

ISIDORA: Que no tiene muy buena fama.

JAIME: Sí.

ISIDORA: ¿Estás seguro que no la conoces?

JAIME: ¿Y cómo la voy a conocer?

ISIDORA: No sé... pero es raro.

JAIME: ¿Qué cosa?

ISIDORA: Nada... dicen que aquí, es decir, en todos los puer-
tos hay muchas mujeres así... ¿.No has conocido a
ninguna? ¡qué tonta soy! como si me fueras a con-
tar... (*ÉL LA MIRA Y SONRÍE, LUEGO MIRA HACIA
LA CASA DE ENFRETE.*) No eres muy bueno para
conversar, ¿ah?

JAIME: No... Conversa con Sergio. Él es inteligente.

ISIDORA: No seas tonto. No te enojés.

JAIME: No... no estoy enojado.

ISIDORA: ¿Estás molesto?

- JAIME: (SONRÍE.) No.
- ISIDORA: Entonces tienes pena.
- JAIME: (VACILA.) Un poco.
- ISIDORA: ¿Por qué?
- JAIME: Porque es cierto... eso que dijiste... que no sé conversar.
- ISIDORA: No es muy terrible... no es como para deprimirse... A ver, una sonrisa, por favor... ¡aunque sea chiquitita! (JAIME SONRÍE.) Te ves mucho mejor así. Tú deberías divertirte un poco ¡no sales nunca!... ¿Vamos a ver una película?
- JAIME: ¿Ahora?
- ISIDORA: Cuando puedas.
- SERGIO: Esto es lo que yo llamo un horóscopo estimulante. Todo lo que haga esta semana me va a salir bien. (POR LA PUERTA DE LA CASA ENTRAN AL PATIO ELVIRA Y MARIO.)
- ELVIRA: (A SERGIO.) Tu padre arma cada lío. De puro bueno que es el pobre.
- SERGIO: ¿De qué signo eres tú, mamá?
- ELVIRA: Acuario.
- SERGIO: A ver, qué te sale. (LEYENDO.) «Amor: una excesiva demostración de que quiere casarse, puede alejar de su lado a más de alguno. El planeta Marte la incitará a complicar las cosas. Trabajo: Lucimiento en actividades artísticas. Los pintores venderán sus cuadros. Salud: buena».
- ISIDORA: No se puede quejar... (ACERCÁNDOSE A JAIME.)

¿Y tú? (*MIRÁNDOLE EL CUELLO.*) ¡Ay!, ¡qué linda la medallita! No te la había visto. (*SE HACE UN SILENCIO BRUSCO. ELVIRA ESTÁ TENSA, ISIDORA NO SE DA CUENTA DE LO QUE PASA.*) ¿Qué pasa? (*JAIME SE CIERRA EL CUELLO DE LA CAMISA.*)

- MARIO: El domingo podíamos hacer un paseo a la playa. O si no, podemos ir donde mi tía a almorzar y después vamos a la playa.
¿Vamos mamá?
- ELVIRA: (*TENSA.*) Tu padre no puede levantarse hasta el lunes.
- MARIO: De veras, ¡qué mala pata!
- ELVIRA: Vayan ustedes solos.
- MARIO: No, entonces no.
- ELVIRA: (*A SERGIO.*) ¿Qué van a hacer ustedes, ahora?
- SERGIO: No sé... Nada.
- ELVIRA: ¿Por qué no van al teatro? Diviértanse. Están dando una rotativa bastante buena en el Colón. Invita a la Isidora, tonto.
- SERGIO: (*A ISIDORA.*) ¿Quieres ir al teatro?
- ELVIRA: Claro que quiere ir. Son apenas las siete y media. A las nueve y media están de vuelta. ¿Tienes plata?
- SERGIO: Sí.
- ISIDORA: (*A JAIME.*) ¿Vamos?
- JAIME: No puedo.
- ISIDORA: ¿Qué películas darán?

- ELVIRA: Una italiana, creo.
- MARIO: A mí no me gustan las películas italianas. Son tan tristes...
Tengo ganas de ver una musical.
- ELVIRA: *(ACERCÁNDOSE A SERGIO.)* ¿Qué tienes? Estás pálido.
- SERGIO: Nada... es el calor... Yo soy un pájaro de invierno, mamá. El calor me hace mal... Me gustan los días nublados y el frío... me gusta la niebla, ¡y el viento!
(PAUSA. VIENE UNA OLA DE RUIDOS DE RADIOS, RISAS, DIÁLOGOS, QUE SE ESFUMAN SUAVEMENTE.) Bueno...
¿vamos a ir al teatro?
- ISIDORA: Claro.
- SERGIO: Entonces... ¡vamos!
- ELVIRA: Vayan, vayan.
- ISIDORA: Tú no vas, entonces...
- JAIME: No... gracias...
- SERGIO: Oye, de veras... Vamos.
- JAIME: No, en serio, si tengo que hacer.
- ISIDORA: Bueno, hasta más rato.
- SERGIO: Chao.
- ELVIRA: Hasta luego. Diviértanse.
- MARIO: Chao.
- JAIME: *(APENAS AUDIBLE.)* Chao. *(ISIDORA Y SERGIO SALEN.)*

- ELVIRA: Hacen una bonita pareja.
- MARIO: ¡Mm!... Está oscureciendo. Es tarde. *(EN ESE MOMENTO UNA LUZ VAGA ILUMINA EL PATIO DE LA CASA. DESAPARECE Y VUELVE A APARECER.)* Mira, ya prendieron el faro.
- ELVIRA: Sí. Es mejor que nos entremos. *(ENTRA A LA CASA SEGUIDA DE MARIO. JAIME QUEDA SOLO.)*
- JAIME: *(DESPUÉS DE UNA PEQUEÑA PAUSA.)* Mamá, tengo tanta pena... Todos los días siento como que algo se me escapa de las manos... Quisiera tener el valor para atreverme a hablarte, pero apenas tengo fuerzas para quedarme aquí, esperando que me perdones algún día. Me gustaría decirte tantas cosas... pero, por sobre todo, me gustaría que me quisieras de nuevo, ¿podrías quererme un poco, mamá? No tanto como a Sergio, pero un poquito...
¿Por qué hay gente que lo tiene todo? Son inteligentes, simpáticos y los quieren. Hay gente así, los he visto... y uno... no tiene a nadie que... nadie...
¡Quiero irme, mamá! A una ciudad donde nadie me conozca... puedo simpatizar con la gente, ¡ya verás!... Pero no puedo irme si no me perdonas. El tiempo pasa tan rápido, dentro de unos años estaremos muertos y tú y yo nos habremos reconciliado para siempre... Yo también tengo mucho que perdonarte... Tal vez tengas tanta pena como yo y... Si me perdonaras sería tan feliz y tu también, mamá, ¡sería tan fácil! *(ANSIOSAMENTE.)* ¡Qué seamos muy felices! ¡Muy felices! *(LLORA.)*
¡Muy felices, mamá, muy felices!

TELÓN.

SEGUNDO ACTO

El mismo decorado, dos semanas después, ahora el árbol tiene más hojas, está oscureciendo y, al fondo, se ven líneas de luces en los cerros. Las paredes de la zona izquierda de la casa han desaparecido, pero el interior está oscuro y solo se hará visible en escenas posteriores. En el patio está Sergio, leyendo, y la luz de la pequeña terraza está encendida. En las ramas altas del árbol se ve, suavemente, y de vez en cuando, aparece la luz del faro. De la casa sale Elvira con una tetera llena de agua con la cual riega las plantas de los maceteros.

- ELVIRA: M'hijito, ¿no tiene frío?
- SERGIO: No, mamá.
- ELVIRA: No te ha vuelto a salir sangre de las narices, ¿no?
- SERGIO: Estoy bien.
- ELVIRA: No me gustaría que te enfermaras, otra vez. Es mejor que te entres... ¡Qué raro! ¿Qué pasa?... ¿Ah? No se ve la luz del faro.
- SERGIO: Están construyendo en la esquina y el edificio tapa justo la luz. Por lo menos hace una semana que está así. Ahora se ve allá arriba, nomás.
- ELVIRA: No me había fijado. Con tantas preocupaciones que he tenido... Y tú también parece que has estado muy ocupado esta semana. *(BROMEANDO.)* Me tienes totalmente abandonada, ¡mal hijo!
- SERGIO: *(DESCONCERTADO.)* ¿Por qué?
- ELVIRA: ¿Por qué va a ser? Por la Isidora.
- SERGIO: ¿Qué pasa con la Isidora?
- ELVIRA: *(CON INTENCIÓN.)* Eso es lo que yo pregunto... No, si me parece muy bien que salgas con ella. Es

- una niña estupenda.
- SERGIO: Cualquiera que te oye, cree que estamos pololeando.
- ELVIRA: ¿No están pololeando entonces?
- SERGIO: No...
- ELVIRA: Entonces, ¿por qué te lo pasas detrás de ella? No puedes decir que no te gusta.
- SERGIO: Sí, me gusta. Es muy simpática, pero eso no significa nada.
- ELVIRA: Te pasas de tonto si se te escapa. Apuesto que no le has dicho nada.
- SERGIO: No, ¿qué le voy a decir?
- ELVIRA: Cualquier cosa. Que te gusta.
- SERGIO: Ella sabe.
- ELVIRA: Pero no es lo mismo. Cuando se dice es cuando vale, realmente. Háblale.
- SERGIO: *(ENCOGIÉNDOSE DE HOMBROS.)*... No sé...
- ELVIRA: A mí, para qué te voy a decir, me gusta más que la Yeya. Es más señorita, no sé qué será, es tan agradable de tratar. Invítala más a menudo a salir. Vayan a fiestas... No seas tan tímido.
- SERGIO: Si no soy tímido.
- ELVIRA: Yo sé que no me debería meter en esto, m'hijito, pero nosotros no somos como la mayoría de las familias. Ustedes son mis conejitos. Mis conejitos queridos... Aunque ahora... ahora solo me quedas tú y Mario...
- SERGIO: ¿Y Tito?, ¿y Jaime?

- ELVIRA: ¿Tito? Siempre quiso más a su padre. Era el mayor, es lógico. Siempre lo quiso más... Y no me cambies el tema. Estábamos hablando de ti y de la Isidora... Yo sé que tú le gustas. El otro día me dijo que tú eras tan inteligente, que te veías tan distinto a los demás. Mientras más conozco a Sergio –me dijo– lo encuentro más simpático.
- SERGIO: Lo diría por decir, nomás.
- ELVIRA: ¿No ves?, ¿no ves que eres tímido? M'hijito, ya pasó la época de la modestia, ahora hay que hacerse propaganda. Todo el mundo lo... *(SE ESCUCHA UN RUIDO, AFUERA, ALGUIEN QUE SACA LAS LLAVES Y ABRE LA PUERTA. ELVIRA SE HA CALLADO BRUSCAMENTE Y, AL VER QUE ES JAIME QUIEN ENTRA, SE DIRIGE A LA PUERTA DE LA CASA.)* No te quedes mucho rato aquí afuera. *(SALE. JAIME CIERRA LA PUERTA DE CALLE Y ALCANZA A OÍR A SU MADRE, SE QUEDA UNOS SEGUNDOS APOYADO EN LA PUERTA Y LUEGO SE ACERCA A SU HERMANO.)*
- JAIME: Hola.
- SERGIO: *(PRENDIENDO UN CIGARRILLO.)* Hola.
- JAIME: ¿Que no te hace mal fumar?
- SERGIO: No. *(PAUSA.)*
- JAIME: Hoy pasa el Sputnik.
- SERGIO: Sí... Pensar que hay algo allá arriba, dando vueltas, y pensar que, alguien, un hombre, lo puso allá arriba. Le estamos haciendo competencia a Dios... o, a lo mejor, Dios nos mira y piensa, muerto de gusto: « Miren esto, el niño se está poniendo pantalones largos»... Y después, ¡la luna! ¿Te habría gustado ir?
- JAIME: No falta mucho tiempo, dentro de veinte años va a

ser una cosa de todos los días. Como tomar trolley.

SERGIO: Yo no voy a vivir tanto.

JAIME: ¿Veinte años más? Vas a tener cuarenta y cuatro, apenas.

SERGIO: ¡Cuarenta y cuatro años!, no creo que vaya a alcanzar a los treinta...

JAIME: Tú nos vas a enterrar a todos... *(SILENCIO.)*

SERGIO: Yo tengo la sensación de que no puedo cambiar, que soy como... que soy como definitivo... pero, de repente... El tiempo pasa increíblemente rápido. ¿Te acuerdas cuando estábamos en el Liceo? ¡Que bien lo pasábamos! *(JAIME ASIENTE.)* Me gustaría volver a tener diez años.

JAIME: A mí no.

SERGIO: *(COMPRENDIENDO LO QUE PIENSA SU HERMANO.)* Yo soy fatalista, ¿sabes? Creo que las cosas ocurren porque tienen que ocurrir... No puedes estar triste, ahora... todo va mejor... mi mamá se va a olvidar de todo, te va a perdonar, ¡estoy seguro! ¡estoy tan seguro!... Para mí es muy importante.

JAIME: *(DESPUÉS DE UN PEQUEÑO SILENCIO.)* Estaba pensando en... hace unos años atrás, no te atrevías a hablarme delante de mi mamá, para que no se enojara contigo.

SERGIO: Pero ahora no me importa, tú sabes por qué era así. Ella se preocupaba tanto de mí y parecía tan... enemiga tuya... ¿te molestaba mucho?

JAIME: No. Tú y mi papá son los únicos que me han ayudado. Cuando ustedes dos me hacían la fiesta de cumpleaños, a escondidas de ella, y parecía como si fuéramos las tres únicas personas vivas en toda la tie-

rra. Tú siempre me regalabas un paquete de dulces y un libro, y mi papá me daba plata.

SERGIO: *(SONRÍE.)* En cambio tú me regalabas pañuelos, porque siempre los perdía y porque siempre estaba resfriado. Pero ya no se me pierden.

JAIME: Ni tú me regalas paquetes de dulces.

SERGIO: Ha pasado el tiempo. *(DESPUÉS DE UNA PAUSA.)* No me importaría morirme, si no fuera que hay...

JAIME: *(SORPRENDIDO.)* ¿Por qué dices eso?

SERGIO: Porque lo pienso... Y cuando a uno se le presenta, tan clara, la idea de que es un mediocre... es como si nada valiera realmente la pena... como si morir se no tuviera importancia. Me hubieras visto en el Pedagógico, ¡era un alumno tan mediocre!... Yo decía: desde hoy en adelante no me importará nada... absolutamente nada en el mundo... pero, ya ves, siempre hay algo que a uno le importa... Me lo pasaba pensando en mi mamá y en ti... en nosotros... No podía evitarlo... A veces, en los trabajos escritos, me quedaba en blanco, pensando, «¿qué hacer, qué decir para que todo se arregle?». Y no encontraba la solución, ni hacía el trabajo... Prefiero estar aquí, contigo. Es como estar en el frente de batalla, me imagino. Eso me hace sentir que vale la pena estar vivo y pelear... pero creo que si perdiera la batalla querría morirme.

JAIME: ¿Qué batalla?

SERGIO: La nuestra. Quiero a mi mamá... y a ti, pero cada uno parece tirar para su lado y, como estoy justo en el medio, me asusta que algún día den un tirón demasiado fuerte, me partiría.

JAIME: No deberías pensar en eso. Es un problema entre mi mamá y yo.

- SERGIO: ¿Tú crees?
- JAIME: Sé que te importa, pero no quiero que te sientas comprometido.
- SERGIO: ¡Es que estoy comprometido! Me importa tanto como a ti. Si no se soluciona sentiría que es mi fracaso, porque tú ya no puedes hacer nada más, en cambio yo sí, es mi razón para pelear... es mi razón para vivir...
- JAIME: ¿Vas a volver al Pedagógico, después?
- SERGIO: No vale la pena... no me gusta, ni puedo.
- JAIME: Yo no habría tenido cabeza para estudiar ni un año siquiera.
- SERGIO: A lo mejor... ¿Qué te habría gustado ser?
- JAIME: No sé...
- SERGIO: Uno siempre quiere algo, ¿cómo no vas a saber?
- JAIME: No sé ¡de veras!
- SERGIO: Fíjate que yo creo que tú habrías sido un buen médico.
- JAIME: No... Quizás... Marino...
- SERGIO: ¿De veras? ¿Por qué?
- JAIME: Irse muy lejos y volver... me gustaría... Irme, pero volver siempre. Volver y que todo estuviera arreglado... Oye, ¡debe ser re tarde! Tengo que darle el remedio a mi papá. *(VA HACIA LA CASA.)* Cuando entres apaga la luz.
- SERGIO: Voy altiro... *(SE ESTIRA Y MIRA EL CIELO.)* Ese es Marte. El rojo *(JAIME SE DETIENE Y TAMBIÉN MIRA*

HACIA ARRIBA.) Está tan lejos y, sin embargo, algún día alguien lo alcanzará. Y después, ¡a las estrellas! En mi próxima reencarnación espero ser un navegante espacial, para llegar hasta una de las más brillantes... Ir hasta la Cruz del Sur y volver. *(SONRÍE.)* ...siempre volver otra vez... ¿Qué crees tú que le habrá pasado a los canarios?

JAIME: ¡Quién sabe!

SERGIO: Ojalá no se hayan muerto. La Hortensia dice que se cansan de volar y entonces los pillan los gatos. De todos modos ellos preferirán volar, aunque vivan menos, ¿no es cierto? *(MIRAN EL CIELO EN SILENCIO.)*

JAIME: ¿Vamos?

SERGIO: Vamos.

Apaga la luz y entran a la casa. Lentamente sube la luz de la pieza interior, el living, guillermo dormita en un sillón con el diario sobre las piernas y los anteojos sobre la frente. El living es una pieza oscura, empapelada; en el techo hay una lámpara con pantalla de vidrio; muebles antiguos, no en muy buen estado, con respaldos altos con mimbre. Hay una mesa con una carpeta tejida a crochet y un florero azul sin flores. En las dos únicas paredes visibles, tres o cuatro cuadros –marinas y naturalezas muertas– en colores oscuros. Hay dos puertas, una que da al pasadizo que lleva a la puerta de entrada y otra al fondo, con cortina, que da al interior, guillermo tiene sesenta años, se está reponiendo de un infarto cardíaco. Fue un hombre buen mozo y agradable, sin ser nunca demasiado brillante. se siente más viejo de lo que realmente es. Entra jaime y lo remece.

JAIME: Papá, despiértese, es tarde.

GUILLERMO: ¿Ah?, ¿qué?...

JAIME: Ya es la hora de su remedio.

GUILLERMO: *(BOSTEZA.)* ¡Aaaaah!... Me quedé dormido... Estaba soñando...

- JAIME: *(HA SACADO EL REMEDIO Y DEJA CAER LAS GOTAS EN UN VASO CON AGUA.)* ...Tres... cuatro... cinco, seis, siete... ocho... nueve... diez, *(REVUELVE EL LÍQUIDO CON UNA CUCHARITA Y LE ENTREGA EL VASO. GUILLERMO SE LO TOMA DE UN TRAGO.)* ¿Qué gusto tiene?
- GUILLERMO: Malo. *(JAIME CIERRA EL FRASCO Y DEJA EL VASO SOBRE LA MESA.)*
- JAIME: Casi se me pasa la hora de su remedio. Ya son las ocho veinte.
- GUILLERMO: ¿Vas a salir?
- JAIME: No, ¿por qué?
- GUILLERMO: ¿Dónde está la Isidora?
- JAIME: Fue al Hospital, también...
- GUILLERMO: Ah.
- JAIME: ¿Cómo se siente ahora que es abuelo?
- GUILLERMO: Viejo.
- JAIME: Pero usted no es viejo.
- GUILLERMO: Los años pasan, y como tú tratas de sacarle partido a cada uno, resulta que terminas muy cansado. *(SE TOCA EL PECHO.)* La maquinita se gasta... Así tiene que ser.
- JAIME: Para mí cada año dura una eternidad.
- GUILLERMO: *(MIRÁNDOLO.)* ¿Tú mamá está arriba?
- JAIME: Parece... ¿Es verdad que nunca le ha dicho nada de mí?

- GUILLERMO: No, nunca.
- JAIME: ¿Está seguro? ¿Nunca?
- GUILLERMO: Ni una palabra.
- JAIME: ¿Pero siempre habla de la María Cristina?
- GUILLERMO: A veces...
- JAIME: *(CANSADO.)* Quisiera irme.
- GUILLERMO: No puedes irte.
- JAIME: Es lo único que quiero hacer.
- GUILLERMO: ¿Y adónde irías?
- JAIME: A cualquier parte. Sería capaz de tomar el primer barco, aunque fuera al África.
- GUILLERMO: No te serviría de nada. Te quedarías con la cabeza aquí, de todos modos. Y al volver, no habría cambiado nada, sería peor, incluso. Si sacaras algo con irte, yo mismo te lo habría dicho. Pero no es así. Hay que tener paciencia y esperar.
- JAIME: ¿Esperar? ¿Esperar veinte años? Esperar treinta años, para que un día me diga: «Eres muy malo y no mereces vivir, pero, te perdono». He sido castigado como nadie en el mundo, papá...
¿Qué quiere? ¿Que me pegue un tiro? ¿Que me vaya? ¿Por qué no me lo dice, por qué no me habla?... Si no me importa lo que me diga, pero que me diga algo, cualquier cosa... y si quiere que me pegue un tiro... lo hago.
- GUILLERMO: No digas locuras.
- JAIME: *(SONRÍE CON AMARGURA.)* ¿Por qué no?... Soy un loco. Para ella seguramente lo soy.

- GUILLERMO: Ahora que estuve enfermo he pensado en esto, antes trataba de olvidarme, trabajando. Tú debes creer que yo no he hecho lo bastante, pero...
- JAIME: No es eso, pero yo quiero saber... No entiendo por qué ella sigue así...
- GUILLERMO: Voy a tratar de volver a hablarle, de a poco, claro... pero lo malo es que ella no permite que toquemos el tema, se va o no contesta... He sido un poco débil con ella... Cuando ocurrió eso... yo estaba en desventaja. Yo... es difícil hablar de estas cosas... yo... había conocido a otra mujer, menor que tu madre... débil como yo. Nos sentimos atraídos el uno por el otro. Tu madre se dedicaba a cuidar a Sergio, tenía problemas en el Liceo y no quería dejar de trabajar. De repente se volvió dura y fría... sin darme cuenta cómo, me había alejado. Pero ella lo supo y me habló francamente. Me perdonó... y... volví... Me perdonó, pero no verdaderamente, ella es incapaz de perdonar. Las cosas nunca volvieron a ser como antes. Me había como comprado con ese perdón... Entonces ocurrió eso... creo que no me di cuenta claramente de lo que pasaba hasta después. Me sentí tan incapaz y tan inservible que... Es difícil hablar sobre estas cosas, hijo, cuando están cerca y duelen todavía.
- JAIME: *(DESPUÉS DE UNA PAUSA.)* Papá, ¿usted nunca ha odiado?
- GUILLERMO: No, hijo. Si yo entiendo... Hay cosas que ocurren y nunca se sabe por qué. Ocurren sin que nadie tenga la culpa.
- JAIME: *(TOCÁNDOLE LA MANO.)* Usted es muy bueno... ¿Qué haría yo sin usted?
- GUILLERMO: *(TRATANDO DE TOMARLO A LA BROMA.)* Ahora te hago menos falta... La Isidora me reemplaza de lo más bien, por lo que veo. ¿La quieres?

- JAIME: No sé... No sé si alguna vez podré enamorarme... realmente, de alguien.
- GUILLERMO: ¿Por qué no?
- JAIME: Me gusta estar con ella, verla, oírla hablar de cualquier cosa, ¡me gusta cuando se ríe!, y cuando caminamos juntos, quisiera seguir por horas... Pero nada más...
- GUILLERMO: Eso es bastante.
- JAIME: Pero ella no se ha dado cuenta... No le he dicho nada.
- GUILLERMO: Las mujeres ven debajo de la tierra. Y ella no es nada de tonta... ¿Dónde anda ahora?
- JAIME: En el Hospital. Fue a ver la guagua.
- GUILLERMO: Ah, de veras. Yo voy el domingo sin falta.
- JAIME: El domingo sale la Yeya y se viene para acá.
- GUILLERMO: Entonces, mejor espero que venga ella. Mucho mejor así... Mientras menos camino... Cuando ustedes nacieron yo no me separaba de tu madre.
- JAIME: ¿Cómo era mi mamá cuando joven?
- GUILLERMO: Era muy bonita. ¡Uff! La familia de ella era muy parada, no miraban a nadie... Iba a la perfumería, a veces, y un día le dije algo, no sé qué, un piropo, esas tonterías que dice uno cuando cabro. Y ella me miró muy seria y me dijo: «No me gusta que me hagan bromas». Y yo le dije: «No es broma». Y ella me volvió a mirar y me dijo: «Ah». Y se fue. Cuando empezamos a pololear ella estaba de candidata para Reina de la Fiesta de la Primavera, pero su padre no la dejó. Ese caballero sí que era fregado. Era catalán, como mi padre, pero ni siquiera se saludaban.

En el Liceo nos decían «Romeo y Julieta»... Romeo y Julieta... Ojalá lleguen luego, porque si no, se van a perder el paso del Sputnik.

JAIME: ¿A qué hora pasa?

GUILLERMO: A ver... (*MIRA EL DIARIO.*) A las nueve cinco... Y estas cosas hay que verlas. (*POR AFUERA SE VE ENTRAR A TITO E ISIDORA.*) Cuando era chico vi un eclipse de sol maravilloso. Es algo que nunca se me ha olvidado. Se hizo de noche de repente y todos miraban con vidrios ahumados. En ese tiempo yo trabajaba con mi padre en la perfumería. (*TITO E ISIDORA HAN ENTRADO Y LLEGAN AL LIVING.*)

TITO: ¡Hola viejo! (*A JAIME.*) ¿Qui'ubo? (*SE SALUDAN.*)

GUILLERMO: ¿Qué cuenta el señor padre de familia?

TITO: Aquí estoy, pues, muy chocho.

GUILLERMO: ¿Se decidieron por el nombre?

TITO: Yo quería ponerle «Sonia» y la Yeya prefiere «Eliana», así es que nos decidimos por «Angélica» (*RÍEN.*)

ISIDORA: ¡Qué tonto!... No le crean nada. No le han puesto nombre todavía. Está bromeando.

TITO: Bueno, oye, pasando a temas menos divertidos, te quería decir, viejito, que... encontré casa. Es decir, un departamento; para empezar está bien. Y... el domingo, la Yeya... Voy a llevarla allá, mejor.

GUILLERMO: (*SERIO.*) Ah.

TITO: Vendremos a menudo a verlo a usted. Es un departamento amoblado. Es de Carlos Espinoza, ese cabro que estudió conmigo. Se va a Santiago, por un tiempo.

- GUILLERMO: Tú sabes lo que pienso sobre ese asunto... Si has creído que tu madre los estaba echando, estás equivocado. A ella le gustaría que se quedaran.
- TITO: Si yo no digo que no. Es que, cuando se casan dos personas, tienen problemas, ¡tú sabes!, y uno no puede ponerse a pololear o a pelear delante de toda la familia, a mi mamá esas cosas le caen en el hígado... Es bien bueno. Cómodo. No muy grande. Pero para los cuatro está bien...
- JAIME: ¿Tú también te vas?
- ISIDORA: Sí, pero yo voy a estar con ellos hasta marzo, no más. Después me voy a Santiago.
- JAIME: ¿Y por qué no te quedas aquí en la casa?
- ISIDORA: Es que tengo que ayudar a la Yeya; el primer tiempo, por lo menos.
- GUILLERMO: Podrías volverte, después, para que este señor pueda pololear con su señora sin testigos.
- ISIDORA: Claro, si ustedes me invitan, yo vuelvo.
- JAIME: Te estamos invitando.
- TITO: (A ISIDORA.) Oye... entonces, ¿me acompañas mañana, al departamento, para ordenar las cosas?
- ISIDORA: Claro.
- TITO: Y el domingo te pasamos a buscar, con guagua y todo... ¿Mi mamá está arriba?
- GUILLERMO: Sí.
- TITO: Voy a contarle las novedades, entonces. (SALE, PERO VUELVE INMEDIATAMENTE.) Oye... no vamos a poder ir a las partidas.

- GUILLERMO: ¡Ya me fallaste! Pobre de ti si me vuelves a fallar otro domingo más.
- TITO: ¡Se te ocurre! *(SALE.)*
- ISIDORA: Lo hubieran visto en el hospital... no se atrevía a tomar a la guagua en brazos. Creía que se le iba a caer. La enfermera la zamarreaba como si fuera de goma, cambiándole los pañales y el pobre sufría como si le pegaran. *(ENTRA MARIO.)*
- MARIO: Qui'ubo.
- JAIME: ¿Qué te pasó que no fuiste al negocio en la tarde?
- MARIO: Tuve que salir.
- JAIME: ¿Dónde?
- MARIO: ¿Qué te importa?
- JAIME: Me importa. Tienes que atender en el negocio.
- MARIO: No pude ir.
- JAIME: Claro, ¡tenías que ir al teatro!
- MARIO: Ese es asunto mío.
- JAIME: Bueno, ¿estás trabajando o no?
- MARIO: *(HOJEANDO UNA REVISTA.)* Yo sabré.
- JAIME: Yo también tengo que saberlo... porque si no vas a ir, busco un empleado.
- MARIO: Atrévete.
- JAIME: ¿No? Ya vas a ver.
- MARIO: No seas idiota, no lo vas a hacer.

- JAIME: ¿Por qué no?
- MARIO: Pregúntale a mi mamá. *(JAIME, SIN CONTESTAR, SALE POR EL PASILLO AL PATIO. ISIDORA SALE CORRIENDO DETRÁS DE ÉL.)*
- GUILLERMO: Vuelves a decir eso y seré yo el que hable con tu madre.
- MARIO: Dile, dile, nomás. No me importa. ¿Qué tengo que aguantarle a este? Debería irse de la casa.
- GUILLERMO: Si no te callas inmediatamente, vas a salir tú, ¡y por la ventana! *(LAS LUCES DEL LIVING SE APAGAN SUAVEMENTE. AFUERA, ISIDORA PRENDE LA LUZ DEL PATIO.)*
- ISIDORA: Jaime... *(ÉL NO CONTESTA.)* No te enojés... tú sabes cómo es. No se le puede tomar en serio. No vale la pena que te enojés con él. ¡Es tan chiquillo chico!
- JAIME: Siempre que discutimos me dice eso.
- ISIDORA: Es que no sabe otra cosa que decir. No le hagas caso.
- JAIME: Tú no sabes.
- ISIDORA: No... pero no me importa.
- JAIME: ¿No te importa lo que digan de mí? ¿En serio? He pasado toda mi vida con la cabeza metida debajo de la tierra, esperando. Esperar, esperar y esperar. Que me castiguen de una vez por todas, en cualquier forma, pero que después me perdonen... *(LLO-RA.)* Si no... quisiera morirme.
- ISIDORA: No puedes seguir así, lindo, tienes que contármelo todo, ahora mismo, no puedes seguir así... *(LE TOCA LA CARA, ÉL LA MIRA Y COLOCA SU MANO SOBRE LA DE ELLA.)* ¿Qué pasa? ¿Qué te

pasa?

JAIME: Un día... cuando me quieras mucho, te lo voy a contar todo.

ISIDORA: Pero, ¿tú me vas a querer mucho, también?

JAIME: Yo te quiero mucho... pero ahora no puedo contártelo.

ISIDORA: No puede ser tan terrible. Estoy segura de que me voy a reír cuando lo sepa.

JAIME: No te vas a reír. No es divertido.

ISIDORA: Pero no estemos tristes. No hay por qué estar triste. Es un día maravilloso... Tanto tiempo que esperaba que me dijeras algo... Lo necesitaba, ¿por qué te demoraste tanto?

JAIME: Porque tenía miedo.

ISIDORA: De mí.

JAIME: De que me dijeras que yo no te importaba... que no me querías...

ISIDORA: Creo que te quise desde que te conocí.

JAIME: No soy una persona muy agradable... ¿Nunca te gustó Sergio?

ISIDORA: Un poco... como amigo. Se ve tan débil.

JAIME: Todos somos débiles... como conejos.

ISIDORA: Pero no hablemos de Sergio. Háblame de ti y de mí.

JAIME: No sé qué decir. No sé decir cosas bonitas.

ISIDORA: ¡Qué importa! Si no quieres hablar, no hables. He

esperado cuatro meses hasta este momento, y no quiero perderlo... Cuando dos personas se quieren de verdad, no importa estar callados... Lo que importa es estar juntos.

JAIME: Me gusta estar contigo... Tal vez dentro de diez días no me quieras, pero ahora... ahora me quieres. Eso es lo importante.

ISIDORA: Dentro de diez años te voy a querer todavía. Y dentro de cien.

JAIME: Hace un rato pensé que querías irte y...

ISIDORA: Pero yo no quería que me dejaras ir. En serio, en cuanto la Yeya esté totalmente bien, me vuelvo. Y después todo se arreglará. Vas a ver.

JAIME: ¿Has querido a otra persona?

ISIDORA: No.

JAIME: Pero ¿has abrazado a otro, lo has besado?

ISIDORA: Sí...

JAIME: ¿Y creías que estabas enamorada?

ISIDORA: No estaba segura... me gustaba...

JAIME: ¿Muchas veces?

ISIDORA: *(INCÓMODA.)* He ido a fiestas desde que tenía catorce años... varias veces.

JAIME: ¿Cuántas?

ISIDORA: Por favor, no sigas.

JAIME: Dime.

- ISIDORA: Ocho... nueve... *(ANGUSTIADA.)* No sé...
- JAIME: Pero ¿tú nunca... nunca...?
- ISIDORA: *(CASI SIN PODER CREERLO.)* ¡¡No!! Estás loco.
- JAIME: Perdóname... perdóname...
- ISIDORA: ¿Qué pasa, lindo? ¿Jaime?...
- JAIME: Te quiero.
- ISIDORA: ¿Y tú?
- JAIME: ¿Yo qué?
- ISIDORA: *(SUAVE.)* ¿Tú...?
- JAIME: *(MIRÁNDOLA FIJAMENTE.)* Fue... jugando...
- ISIDORA: ¿Qué cosa?
- JAIME: Fue jugando.
- ISIDORA: Pero ¿qué cosa?
- JAIME: Nada.
- ISIDORA: ¿Qué cosa, lindo? *(ÉL QUEDA COMO PETRIFICADO.)* ¿Qué piensas? No estés triste... Oye... oye, dime algo... ¿Dije algo malo?, ¿qué dije? ¿Por qué no me hablas? Por favor, ¿qué pasa?... Estás como tu mamá... *(ÉL LA MIRA.)* No sé qué dije, perdón. Perdóname... Sonríe... un poquito... nada más que un poquito. *(LE VA A DAR UN BESO.)*
- JAIME: *(APARTÁNDOSE.)* No.
- ISIDORA: *(HERIDA.)* Perdón, no quise molestarte.
- JAIME: *(ABRAZÁNDOLA.)* No te enojés conmigo. Ten pa-

ciencia... no me hagas caso... Lo echo todo a perder, siempre... Te quiero, pase lo que pase... Ten paciencia conmigo, no estoy acostumbrado a ser feliz, tengo que ir poco a poco... *(SE BESAN.)* Y es tan sencillo, es como tiene que ser... Ta vez las cosas tienen que ser así. Y tal vez haya que ser muy desdichado, a veces, para volver a ser feliz...

ISIDORA: Me gusta cuando hablas así. Vas a ver lo bien que lo vamos a pasar. Mañana podemos ir a la playa.

JAIME: Tengo que ir al negocio.

ISIDORA: No importa, yo te acompaño.

JAIME: ¿No vas donde la Yeya?

ISIDORA: ¡Ay, de veras!, ¡qué rabia! Se me había olvidado... no importa, vamos después, ¿quieres?

JAIME: Ya.

ISIDORA: *(MIRANDO PARA EL TERRENO DEL LADO, POR LA MIRILLA DE LA PUERTA.)* ¿Has visto el cerezo? Está lleno de flores...

JAIME: Lo planté yo... Hace tiempo. Lo regaba todos los días.

ISIDORA: ¿Por qué lo plantaste ahí?

JAIME: No sé... A lo mejor porque cuando se quemó la casa eso quedó tan vacío... lo planté en medio del terreno...

ISIDORA: Oye, yo notaba algo raro aquí y no sabía qué era. Y es que no se ve la luz del faro, ¿no funciona?

JAIME: Sí. Mira las ramas altas del árbol, ¿ves?

ISIDORA: De veras.

- JAIME: Es que están edificando una casa, allí en la esquina, y eso tapa la luz.
- ISIDORA: ¡Qué pena! Me gustaba tanto... me encanta el nombre del faro. Suena como... ¡qué divertido! Suena como uno de los títulos de Mario... «Punta de Ángeles»... «Punta de Ángeles». ¿Vamos un día a verlo por dentro? Nunca he visto un faro de cerca.
- JAIME: Está aquí, nomás. Si quieres vamos al tiro, antes de comer. Como van a esperar que pase el Sputnik, podemos ir y volver de una carrera.
- ISIDORA: Sería estupendo...
- JAIME: ¡Vamos!
- ISIDORA: Pero voy a ir a buscar un chaleco. Está haciendo frío... *(LO BESA.)* Espérame. No te muevas de aquí *(RIE.)* ¡Estoy tan contenta! Voy corriendo. *(ELLA ENTRA A LA CASA Y JAIME APAGA LA LUZ DEL PATIO. LA LUZ DEL INTERIOR VUELVE SUAVEMENTE. ELVIRA Y SERGIO ENTRAN AL LIVING.)*
- ELVIRA: ¿Y la Isidora?
- MARIO: Salió hace rato. Está con Jaime.
- ELVIRA: ¿Por qué no le dices que se entre?
- MARIO: No me atrevo a ir, ¿qué los voy a estar molestando?
- ELVIRA: No creo que la molestes, más bien la vamos a ayudar.
- GUILLERMO: No estés tan segura, se avienen mucho.
- MARIO: Siempre salen juntos.
- ELVIRA: No digas tonterías. Ella no anda con nadie, ayer me lo dijo.

- MARIO: Bueno, pero ahora está con Jaime.
- ELVIRA: Eso no tiene nada que ver.
- GUILLERMO: Tiene que ver, salió corriendo detrás de él.
- ELVIRA: Toda la semana pasada salió con Sergio.
- GUILLERMO: Es natural, Sergio es muy simpático.
- SERGIO: *(SENTÁNDOSE.)* Gracias.
- MARIO: *(A SERGIO.)* Si no te apuras, se te vuela.
- SERGIO: Cállate, mejor.
- MARIO: Decídete, todavía es tiempo.
- SERGIO: ¡Estúpido!
- ELVIRA: No discutan.
- MARIO: Lo mejor es esperar que vuelvan.
- ELVIRA: *(A GUILLERMO.)* Yo creo que es preferible que subas a acostarte, miras desde el balcón y después te llevo la comida.
- GUILLERMO: Es mejor. Estoy bastante cansado.
- ELVIRA: Es que hace tiempo que no estabas levantado tanto rato. *(ENTRA ISIDORA CON SU CHALECO. MARIO AYUDA A GUILLERMO A LEVANTARSE DEL SILLÓN.)* Vamos... Hola, m'hijita... Mario, ayuda a tu padre. Los alcanzo en un segundo. *(MARIO Y GUILLERMO SALEN.)* M'hijita, necesito hablar contigo un rato corto. Espérame. *(SALE.)*
- ISIDORA: Ojalá no se demore mucho la señora Elvy. Tengo que salir.

- SERGIO: Va a subir con mi papá, nomás.
- ISIDORA: Ah.
- SERGIO: Y tú, ¿cómo has estado?
- ISIDORA: Muy bien, ¿y tú?
- SERGIO: Muy bien... Por los saludos parece que nos viéramos una vez al año.
- ISIDORA: Yo te preguntaba porque... ¿no te ha vuelto a salir sangre de las narices?
- SERGIO: No. Eso me pasa a veces, nada más, con el calor o con la rabia. Siempre me ha pasado, desde chico me salía sangre de las narices. ¡Mi mamá se asustaba tanto! Recién estábamos hablando con Tito, allí arriba, sobre lo terrible que es ver un niño enfermo y la necesidad de evitarles todas las enfermedades, después no importa tanto.
- ISIDORA: ¡Vaya!, pensando en los niños, ya.
- SERGIO: No lo digo por mí, pero son lo más importante, ¿no? Pregúntale a Tito... y es verdad... uno vive, estudia y, ¡total! somos iguales que todos... Vivimos para juntarnos con una mujer y tener hijos. Si tú lo piensas bien, eso es lo más importante. Encontrar a alguien y tener hijos. Desde el genio más grande del mundo hasta el tipo más infeliz de Valparaíso, quiere conseguir eso antes que cualquier cosa.
- ISIDORA: Sí, claro.
- SERGIO: Está a un kilómetro de distancia.
- ISIDORA: ¿Qué?
- SERGIO: Nada.

- ISIDORA: Oye, Sergio, quisiera contarte que... Fíjate que Jaime...
- SERGIO: No me lo cuentes, prefiero no saberlo.
- ISIDORA: *(MUY DESCONCERTADA.)* Pero, ¿por qué?
- SERGIO: Todas las chiquillas que se enamoran de mis hermanos, me toman como confidente... Me aterrorizan las confianzas... ¿No tienes amigas? Cuéntales a ellas.
- ISIDORA: Es que tú me dabas confianza, ahora... Antes eras tan retraído y...
- SERGIO: *(RÁPIDO, SUAVEMENTE.)* ¿Y antipático?
- ISIDORA: No quise decir eso... no... es que... no sé... Por favor, estábamos tan bien.
- SERGIO: Claro... soy muy tonto...
- ISIDORA: Te iba a preguntar una cosa sin importancia, nomás.
- SERGIO: ¿Qué?
- ISIDORA: Eh... ¿Hubo muchas chiquillas enamoradas de Jaime?
- SERGIO: Sí... pero no te preocupes. Ni siquiera se dio cuenta. Seguramente estaba esperando que tú llegaras.
- ISIDORA: Y tú debes de haber tenido montones de chiquillas en Santiago.
- SERGIO: *(ENTRE LÁGRIMAS, TRATA DE TOMARLO A LA BROMA.)* Ah... Docenas y docenas de mujeres locas por mí. No hallaba qué hacer, ¿cómo adivinar en esa muchedumbre ansiosa cuál era la precisa, la que estaba hecha para mí?... Y les dije, no. Se fueron... y tal vez ahí estaba ella.

- ISIDORA: *(RÍE.)* ¡Que eres cómico!
- SERGIO: Gracias. Eres muy comprensiva.
- ISIDORA: Oye, perdona, voy y vuelvo. *(SALE POR EL CORREDOR Y APARECE POR LA PUERTA DE ENTRADA.)*
Lindo...
- JAIME: *(ACERCÁNDOSE.)* ¿Sí?
- ISIDORA: Espérame. Voy a demorarme un poquito más. No te muevas. Me da miedo que te vuelas. *(EN ESE MOMENTO SERGIO SE LLEVA UN PAÑUELO A LAS NARICES Y SALE RÁPIDAMENTE DE LA PIEZA. CUANDO ISIDORA VUELVE NO HAY NADIE. SE SIENTA Y MIRA EL DIARIO, ENTRA ELVIRA QUE PARECE PREOCUPADA.)*
- ELVIRA: ¿Cómo estás, m'hijita?
- ISIDORA: Muy bien, gracias. ¿Y usted?
- ELVIRA: Aún un poco preocupada... por ti.
- ISIDORA: ¿Por mí?
- ELVIRA: Me han dicho que estás pololeando con... él.
- ISIDORA: ¿Con quién?
- ELVIRA: Con... con él...
- ISIDORA: ¿Con Jaime? Sí... en realidad...
- ELVIRA: Sobre eso quería hablarte, porque tú tienes que cortar con él, para siempre. Ni volverle a hablar siquiera. Yo sé que lo harás.
- ISIDORA: Pero ¿por qué, señora Elvira? Jaime es tan bueno, ¡no he conocido a nadie mejor!...

- ELVIRA: Si te lo digo es por tu bien... El es mi hijo... pero no puedo permitir que andes con él, por ti, solamente por ti, m'hijita...
- ISIDORA: Pero, señora Elvira, no hay ninguna razón...
- ELVIRA: Si hay, tienes que creerme, porque hay cosas de las que no se puede hablar... Eres como ella, como mi hija... Tenía doce años... era una niña... tan alegre, que parecía que no se podía morir... doce años, nada más... ¡La hubieras conocido! ¡Todo el mundo la quería! No sabía estar triste... jugaba hasta cansarse, imaginando cosas, inventando nuevos juegos, divirtiéndose hasta con una hoja, con una nube... cazaba grillos y caracoles... Decía que iba a hacer un circo... ¡No puedes volver a verlo! ¡Nunca más!
- ISIDORA: *(MUY NERVIOSA.)* Yo también quería hablarle sobre eso, señora Elvirita, yo creo que usted tiene que perdonarlo, porque él no puede tener la culpa de lo que ocurrió.
- ELVIRA: Sí, la tiene.
- ISIDORA: *(ANGUSTIADA.)* No puede haberlo hecho a propósito, fue jugando.
- ELVIRA: Créeme... créeme, m'hijita... él tiene toda la culpa.
- ISIDORA: Estaban jugando, seguramente no vio que venía el tren... No puede haberla empujado a propósito, ¡es imposible!
- ELVIRA: *(MIRÁNDOLA FIJAMENTE.)* ¿De qué estás hablando?
- ISIDORA: ¡Del accidente! Yo sé que lo que dice la gente no es cierto, eso de que ella se tiró delante del tren... *(ELVIRA NO LE CONTESTA.)* Porque no es cierto, ¿verdad?... no es cierto...
- ELVIRA: Él no la empujó.

- ISIDORA: Entonces...
- ELVIRA: Es cierto lo que dice la gente... ella se tiró...
- ISIDORA: *(SORPRENDIDA.)* ¿Ella?... *(FELIZ.)* Entonces, ¿no es eso? ¡Jaime no tiene la culpa! No me importa lo que haya hecho, lo quiero como es, si no es eso, no me importa.
- ELVIRA: Es peor que eso... El fue el culpable de que ella se tirara delante del tren.
- ISIDORA: No entiendo, ¿cómo pudo haber... él?...
- ELVIRA: Yo sé... es difícil de entender. Yo te estimo mucho, m'hijita, y solo por ti soy capaz de hablar de esto nuevamente... *(CON ESFUERZO.)* Un día... un día pasó algo raro, estaba enferma, se sentía mal. La llevé al médico, tenía mucho miedo por ella, nunca se enfermaba... cuando me dijeron... cuando el médico me comprobó que la niña estaba... embarazada, no podía creerlo... no podía... era imposible. Esa niña iba a tener un niño.
- ISIDORA: ¡Un niño!
- ELVIRA: No se daba cuenta... hubo que explicarle... entonces contó que en el terreno del lado... «jugando»... ¡y el culpable era él!
- ISIDORA: *(MUY DESPACIO.)* ¿Jaime?
- ELVIRA: Él confesó... No sé que pasó después, la niña desapareció... y... y esa tarde nos llamaron de la estación... un accidente... había caído delante del tren. Era ella... Guillermo con sus amigos, ocultaron... lo del embarazo... por los diarios. Pasó por un accidente... Nadie lo castigó... es mi tarea... castigarlo... Hasta que todo se pague, todo tiene que pagarse... todo... no puede ser de otra manera... Doce años... una niña... una niña, apenas, y... de

pronto... La hubieras visto cómo estaba... Eso no se puede olvidar, no se puede perdonar nunca... porque queda grabado aquí... *(SE TOCA EL PECHO.)* para siempre... ¡Imagínate! ¡una niña!... y el tren... sin detenerse... Hubiera preferido morirme antes que verlo... pero... tuve que ir... ahí estaba... mi niña... mi niña... *(DESHECHA.)* Mi amorcito... mi niña... estaba... mi niña...

Su voz y la luz del living se esfuman suavemente. Afuera se escucha el sonido de un motor. Es una motoneta que se detiene frente a la puerta de calle. Sueña el timbre. Jaime prende la luz del patio y abre la puerta. Es mauricio.

- MAURICIO: Hola.
- JAIME: Hola, pasa.
- MAURICIO: ¿Qué tal, hombre? ¿Cómo estás? ¿Sigues escribiendo poesías?
- JAIME: ¿Poesías? Nunca he escrito.
- MAURICIO: Ah, claro. Se me olvidaba. Tú pintas y dibujas, eso es. No sé como se me había olvidado.
- JAIME: Parece que me estás confundiendo. Tampoco pinto.
- MAURICIO: ¿No? ¡Qué raro! ¿De dónde sacarías esas ideas? Si no te confundo, tú eres Jaime... estaba seguro que pintabas o escribías, algo así, medio raro... Como tú no te metías con nadie, decían que eras medio artista y yo estaba convencido. Claro que nunca he tenido buena memoria y ya hace sus buenos añitos desde que eramos compañeros.
- JAIME: Cuatro años.
- MAURICIO: ¿A qué te dedicas ahora?
- JAIME: Trabajo en el negocio de mi papá.

- MAURICIO: Sí, me acuerdo de la botillería, de eso si que me acuerdo... Yo vine a ver si estaba la Isidora. ¿Vive aquí, no?
- JAIME: Sí. Desde que se casó Tito.
- MAURICIO: ¡Pst! La suertecita de ustedes, vivir con esa chiquilla. Es fantástica pero ¡es más coqueta!
- JAIME: ¿Sí? ¿Quién te dijo?
- MAURICIO: ¡Ah! ¿para qué te haces el leso? Si coquetea con medio mundo. Quedamos de lo más comprometidos para salir, el otro día.
- JAIME: ¡No es cierto! Te estás carrileando...
- MAURICIO: ¡No te digo! Me dijo que la llamara.
- JAIME: ¿Cuándo?
- MAURICIO: No me acuerdo bien, hace como dos semanas atrás.
- JAIME: A lo mejor se ha olvidado.
- MAURICIO: ¡Bah! (*SUFICIENTE.*) Te apuesto que la invito a salir en la motoneta y sale disparada.
- JAIME: Te apuesto que no.
- MAURICIO: Llámala y vas a ver.
- JAIME: No va a ir.
- MAURICIO: (*RÍE.*) ¿Para qué discutimos? ¡Llámala!... (*SERIO.*) Oye, no me digas que te gusta...
- JAIME: No, pero te apuesto que no va.
- MAURICIO: Ya, te apuesto.

- JAIME: Pero yo me voy a esconder y tú le dices... si pregunta por mí... le dices que no sabes, que no me has visto...
- MAURICIO: ¿Para qué te vas a esconder?
- JAIME: Para... para que no se dé cuenta que estoy aquí... con nosotros es muy diferente de como tú dices.
- MAURICIO: Pero, ¿va a venir?
- JAIME: Sí... me voy a esconder.
- MAURICIO: ¡Oye!... ¡te gusta! No voy a hacer esta lesera.
- JAIME: *(TERMINANTE.) ¡Cállate! Tienes que hacerlo. Ahí viene. (SE ABRE LA PUERTA Y ENTRA ISIDORA, MUY ABATIDA, SIN EL CHALECO. JAIME ALCANZA A ESCONDERSE JUSTO A TIEMPO.)*
- MAURICIO: Hola.
- ISIDORA: *(SORPRENDIDA AL VERLO.)* ...Hola...
- MAURICIO: Como estaba la puerta abierta, entré, nomás...
- ISIDORA: ¿Y Jaime?
- MAURICIO: No lo he visto.
- ISIDORA: *(VA HASTA LA PUERTA DE CALLE Y LLAMA.)* ¡Jaime!
- MAURICIO: Debe de haber salido. ¿Qué te pasa?
- ISIDORA: ¿Por qué?
- MAURICIO: Parece que hubieras... nada. Yo venía a invitarte a dar un paseo a Viña, en motoneta, o por aquí cerca, si quieres... podemos ver la pasada del Sputnik, falta poco... Vamos. La motoneta me la regalaron hace cinco días, para mi cumpleaños y como no había

tenido permiso para salir de la Escuela hasta hoy, la estoy estrenando. ¿Vamos?

ISIDORA: *(QUE HA IDO HASTA LA PUERTA CLAUSURADA.)*
¡Jaime!

MAURICIO: Si no está...

ISIDORA: *(BRUSCAMENTE.)* ¡Vamos!

MAURICIO: ¿Vas a ir así, nomás? Te va a dar frío.

ISIDORA: No importa. Vamos.

MAURICIO: Vamos a tener que correr fuerte para alcanzar a llegar.

ISIDORA: Sí... corramos muy fuerte, por favor, ¡lo más fuerte que puedas!

MAURICIO: A la orden.

La toma del brazo y salen. Lentamente Jaime sale de su escondite. La ventana del balcón se ilumina y se esconde debajo, para que no lo vea Guillermo, que en ese momento se asoma, acompañado de Elvira. Se escucha el ruido de la motoneta que parte.

GUILLERMO: Ya son las nueve cinco... *(MIRAN EL CIELO.)* No se ve nada...

ELVIRA: Es mejor que te entres. Hace frío.

GUILLERMO: No, por nada del mundo. Nunca creí que iba a vivir para verlo. Y estoy aquí, todavía. A lo mejor viviré para ver muchas otras cosas... Mira ese... ¡No!... Si tú miras fijamente, resulta que se mueven todas las estrellas... *(DE PRONTO SE ESCUCHAN, LEJOS Y CERCA, GRITOS DE: «EL SPUTNIK, EL SPUTNIK».)* Mira, allí... allí viene... *(LOS GRITOS AUMENTAN.)* Mira, ¡que maravilla!

¡es increíble! Mira, allá arriba, entre las estrellas...
¡qué increíble!...

ELVIRA:

¿Dónde?

GUILLERMO:

¡Allí!

ELVIRA:

No lo veo. *(DESESPERADA.)* ¿Dónde está? ¡No lo veo... no lo veo!... ¿dónde?... *(BAJO EL BALCÓN, JAIME LLORA SILENCIOSAMENTE.)*

TERCER ACTO

El domingo siguiente. El escenario está igual que en el primer acto, es un día muy caluroso, son las cinco de la tarde. Hay una mesa con dos tazas de té, vacías, cerca del balcón. Jaime está solo, afirmado en el árbol. Al oír que alguien se acerca, sube rápidamente a la pared y pasa al terreno vacío. Entra Isidora, llevando del brazo a Sergio, que está muy pálido. Se sientan junto a la mesa.

- ISIDORA: Ven, siéntate aquí. ¿Cómo te sientes ahora?
- SERGIO: Mejor...
- ISIDORA: Tienes que ir a ver un médico.
- SERGIO: Ya fui.
- ISIDORA: Vas de nuevo.
- SERGIO: No vale la pena... No se trata solo de la nefritis...
- ISIDORA: ¿Tienes otra cosa?
- SERGIO: Una... una complicación...
- ISIDORA: ¿Tienes que operarte?
- SERGIO: Sí.
- ISIDORA: ¿Y qué esperas?
- SERGIO: Ya me siento mejor... No le digas a mi mamá... a nadie. ¿Para qué los vas a asustar? Mañana voy a ver un médico... Y después, en Santiago, me opero.
- ISIDORA: Vamos a ir juntos, mañana. Es que tú no te cuidas... Y anoche, ¿por qué tomaste tanto?
- SERGIO: Estaba deprimido... Fui al negocio, después de comida, porque se me había quedado el remedio... ¡Ha-

bía tantas botellas!, me dieron deseos de curarme para que se me olvidara todo... y abrí una de whisky para tomar un poco... Me tomé casi la mitad... y tú, ¿qué hacías levantada a esa hora?

ISIDORA: Estaba esperando a Jaime. No llegó... Se esconde de mí...

SERGIO: Ten paciencia con él, no es como los otros... Cree que todo el mundo está contra él, que no merece nada... A lo mejor piensa que tú no lo quieres ver...

ISIDORA: Si sé que no es como los demás... Estuve hablando con la señora Elvira... *(NO SABE CÓMO SEGUIR.)*

SERGIO: ¿Y?

ISIDORA: Hablando de lo que pasó.

SERGIO: ¿De qué?

ISIDORA: De la María Cristina.

SERGIO: *(SUAVEMENTE.)* Ah.

ISIDORA: Y quiero decirle que entiendo, que no me importa, pero desde ese día se esconde de mí. ¡Estábamos tan bien! Íbamos a ir al faro, juntos. Y de repente no se qué se hizo. Llegó Mauricio... me sentía tan perdida, necesitaba salir, gritar... después que tu mamá me contó lo que había pasado... Fui a dar una vuelta con Mauricio. Y ahora, Jaime no me habla, se esconde de mí... Me voy a ir en un rato más, y no lo he visto para explicarle que no me importa eso que pasó. ¿Qué voy a hacer? Soy tan tonta. No se me ocurre nada... Si lo veo es fácil, por lo menos es más fácil...

SERGIO: Sí, dile eso, que no te importa.

ISIDORA: Qué difícil es irse ahora, con las cosas así... Quedé

tan impresionada con lo que me contó tu mamá... Ahora, pensando en todo eso... Jaime tenía trece o catorce años, ¿no? Ha pasado mucho tiempo. Debe perdonarlo, es lo justo... Y yo me voy a ir, sin poder decirle nada. La Yeya viene en camino. Tendré que irme inmediatamente... Pero yo sé que todo se va a arreglar. Tu mamá tiene que darse cuenta.

SERGIO:

No sé... Algo tiene que pasar... Contigo aquí era más fácil soportarlo, pero ahora no sé qué vamos a hacer. ¿Tú crees que mi papá no le ha dicho nada? ¿Crees que yo no le he dicho? Pero es inútil... No oye... Es como si hubiera cerrado una puerta sobre eso. Es un tema que no se puede tocar... ¡Si tú supieras lo terriblemente importante que es para mí que lo perdona... He pasado todos los años con una tensión espantosa, esperando que pase algo. Quiero estar tranquilo de una vez por todas. Ahora sobre todo...

ISIDORA:

¿Por qué ahora sobre todo?

SERGIO:

Cuando uno está enfermo y ve que las cosas se le escapan, todas las cosas buenas, entonces uno ve claramente que los demás no pueden perder el tiempo. Los vivos, los sanos son los que importan, no pueden arruinarse la vida inútilmente. Quisiera poder traspasarle toda mi fuerza a Jaime, la poca fuerza que tengo, para que salga adelante. Yo creo que el mundo es como una balanza... si no hay equilibrio algo termina por romperse... Es una ley natural ¡no puede ser de otro modo!... Y hay que mantener ese equilibrio... para que el mundo pueda seguir adelante... Por eso quiero ayudarlo.. La vida es tan corta y son siete años ya, que hemos perdido. Y ahora estoy enfermo, muy enfermo, no puedo perder ni un día más.

ISIDORA:

(PREOCUPADA POR ÉL.) Todo se va a arreglar, tiene que perdonarlo.

SERGIO:

¿Crees qué yo no me sostengo un poco esperando

eso? Creo que si supiera que no lo va a perdonar, ya no podría seguir. No podría soportarlo.

ISIDORA: Es que... dile de nuevo a tu papá. Hoy mismo.

SERGIO: No creo que sirva de nada.

ISIDORA: De todas maneras, dile que le hable hoy día sin falta. ¡Prométemelo!

SERGIO: Sí, le voy a hablar.

ISIDORA: Dile a Mario, también.

SERGIO: ¡Mario! *(SE QUEDAN EN SILENCIO.)*

ISIDORA: ¿En qué piensas?

SERGIO: Pienso en lo que me dijo Mario, el otro día.

ISIDORA: ¿Que te dijo?

SERGIO: «Pobre Sergio»... eso dijo... «Pobre Sergio»... Yo pensé «Pobre Mario» también, pero sentí que tenía razón. Y me dolió.

ISIDORA: Tendrías que decir «Pobre todo el mundo», entonces. ¡Hay tan poca gente feliz!

SERGIO: Tito es feliz, la Yeya... yo sé que hay gente feliz... *(POR LA PUERTA DE CALLE ENTRA TITO CON LA GUAGUA EN BRAZOS, YEYA AFIRMADA EN ÉL.)* Hablando del rey de Roma...

TITO: Hola...

SERGIO: Hola, ¿cómo está la guagua?

YEYA: Muy bien.

SERGIO: ¿Y la mami?

- YEYA: ¿No me ves?
- SERGIO: Feliz.
- YEYA: Sí. Hoy me gustaría volar.
- SERGIO: No se puede pedir todo.
- TITO: ¿Mi papá está arriba?
- SERGIO: No sé.
- TITO: No ha visto la guagua. *(TOCA EL TIMBRE.)*
- SERGIO: Debe estar escuchando las partidas. No se las pierde nunca. *(APARECE HORTENSIA EN LA PUERTA DE LA CASA.)*
- HORTENSIA: Buenas tardes, don Tito... ¡Vino con la guagua! .
- TITO: Dile a mi papá que salga al solcito... *(ENTRA HORTENSIA.)*
- ISIDORA: ¿Por qué no entramos?
- YEYA: No, por favor. Acuérdate que he estado una semana encerrada... ¡Ay! Lo que yo necesitaba... un poco de aire. Y, sobre todo, que nos tenemos que ir de cabeza al departamento. ¡Linda! no te había dado las gracias. Tito me contó que te mataste trabajando. *(MIREYA SE SIENTA, ESTÁ CANSADA.)*
- ISIDORA: Tito fue el que trabajó más.
- YEYA: Con su obligación, nomás, cumple. *(ENTRA ELVIRA.)*
- ELVIRA: *(DESPUÉS DE SALUDAR.)* ¿No van a entrar?
- TITO: Es que está. mejor aquí.
- ELVIRA: Hay mucho sol para la guagua.

- TITO: Está bueno que empiece a tostarse.
- ELVIRA: *(TOMANDO LA GUAGUA EN BRAZOS.)* ¡Cada día la encuentro más gorda! Pesará sus cuatro kilos.
- TITO: *(ORGULLOSO.)* Casi. Tres kilos, seiscientos gramos.
- ELVIRA: ¡Y tan coloradita!... Todavía no le he visto los ojos. ¿de qué color los tiene?
- YEYA: Grisés.
- TITO: Despiértenla, nomás. Ha dormido como condenada.
- YEYA: Ya se despertará solita. Además no le falta mucho rato para la papa. Antes de irnos se la voy a dar... *(A SERGIO, QUE MIRA A LA NIÑA, SIN HABLAR.)* Y el tío, ¿por qué no habla?
- SERGIO: Estaba pensando que ustedes, con toda tranquilidad, sin avisar, lo transforman en tío a uno.
- ELVIRA: Se parece más a la Yeya.
- YEYA: Pero tiene los ojos de Tito.
- ELVIRA: Toma. *(YEYA TOMA A LA NIÑA.)* ¿Y se decidieron por el nombre?
- TITO: Todavía no.
- ELVIRA: ¿Y si le ponen... María Cristina?
- YEYA: *(NO MUY CONVENCIDA.)* Claro, como su niña.
- TITO: Sonia me gusta más.
- YEYA: Creo que vamos a tener que hacer una votación secreta, porque si no, esto va a terminar en pelea.
- ISIDORA: *(ALEJÁNDOSE DEL GRUPO, CON SERGIO. LE HA-*

BLA EN VOZ BAJA.) Aprovecha ahora, que tu mamá está de buenas.

SERGIO: Ya, voy a hablar con mi papá. ¿Vamos?

ISIDORA: *(A LOS DEMÁS.)* Bueno... voy a bajar las maletas, para estar más lista.

SERGIO: Yo te ayudo. *(SALE, ACOMPAÑADO DE ISIDORA.)*

YEYA: Voy a darle la papa, hay mucho sol aquí, M'hijito, llévame la niña.

TITO: Ya. *(MIREYA Y TITO ENTRAN A LA CASA.)*

ELVIRA: *(A LOS QUE SALEN.)* ¡Esta Hortensia todavía no ha sacado las tazas! *(SE DIRIGE A LA MESA Y TOMA LAS TAZAS. ENTRA MARIO, QUE VIENE DE LA CALLE.)*

MARIO: *(FURIOSO.)* Mamá, yo no pensaba decir nada hasta hablar con todos, pero esto es el colmo... Alguien estuvo tomando en el negocio y se robaron veinte mil pesos.

ELVIRA: ¿Cuándo?

MARIO: Anoche tiene que haber sido... el infeliz... ese tiene que haber sido Jaime... rompió dos botellas de whiskey y se tomó otra casi entera.

ELVIRA: ¿Cómo sabes que robaron?

MARIO: Yo atendí la caja, ayer en la mañana... Estaban todos. Salí un rato a comprar una revista y cuando volví faltaba un montón de billetes de a mil... Le iba a preguntar a Tito, pero se fue a llevar las cosas al departamento y Sergio no sabía nada. Jaime desapareció antes de que pudiera preguntarle y todavía no lo he visto. Yo pensaba preguntarle antes de contarles, pero ahora pasé por el negocio y

había dos botellas de whisky quebradas y otra casi vacía, ¡imagínate el olor! Y todo lo demás en orden, los candados cerrados, así que alguien con llave fue. Tito, Sergio o Jaime... Tito estuvo acarreando sus cosas al departamento y Sergio se vino conmigo ayer en la tarde... Así que...

- ELVIRA: Si alguien ha sacado esa plata, tendrá que devolverla. Todos ganan su sueldo.
- MARIO: ¡Estoy más picado! Y después se las da de mandamás y de tipo serio, ¡no digo yo!
- ELVIRA: Dile a tu padre para que se encargue de aclarar eso. ¿Dónde estuviste toda la tarde?
- MARIO: En el cementerio... Prefiero ir en la tarde, cuando no hay nadie... Cuando no sé dónde ir... voy allá y me siento frente a la María Cristina y pienso montones de cosas... cuando estemos muertos, nadie se va a acordar de ella... Me gustaron mucho las flores que le pusiste esta mañana.
- ELVIRA: ¿Qué flores? Hoy no fui.
- MARIO: ¿No fuiste? Pero eran frescas... No, mi papá tampoco puede haber sido, y... Ah, ya. Sergio.
- ELVIRA: No, se levantó muy tarde.
- MARIO: Entonces fue... A lo mejor, con los remordimientos...
- ELVIRA: Demasiado tarde.
- MARIO: Y, ¿por qué no fuiste hoy?
- ELVIRA: Estaba ayudando a la Isidora a guardar sus cosas...
- MARIO: *(INTERRUMPIÉNDOLA.)* Es el primer domingo que no vas... ¿En qué se parecía la María Cristina a la

- Isidora?
- ELVIRA: En esa cosa alegre y triste al mismo tiempo. Tú no sabes por qué lado tomarla. Tenía un desorden, esta mañana, con sus maletas. Tuve que hacerlas yo...
- MARIO: Yo creo que es mejor que se vaya, si.
- ELVIRA: Sí, es mejor.
- MARIO: Por Jaime, digo yo... pero, ¡total! Te apuesto que se van a seguir viendo igual.
- ELVIRA: No, estoy segura que ya no lo verá.
- MARIO: Te apuesto que sí.
- ELVIRA: La Isidora ya sabe.
- MARIO: ¿Le contaste?
- ELVIRA: Tuve que decírselo, no podía dormir pensando que todo iba a ser igual, otra vez... Quedó muy impresionada, como es lógico... No había más remedio, no podía permitir que eso continuara. Tuve que contárselo... Pobrecita.
- MARIO: A veces, de repente... él me da un poco de pena.. ¿A ti no? *(SE OYEN LAS VOCES DE LOS QUE BAJAN: TITO, YEYA, ISIDORA, SERGIO Y GUILLERMO.)* Ahí vienen ya.
- TITO: *(ES EL PRIMERO EN APARECER, DEJA LAS DOS MALETAS DE ISIDORA CERCA DE LA PUERTA.)* Chao. Voy a esperar el taxi en la esquina.
- MARIO: ¿Ya lo mandaron pedir?
- ELVIRA: ¿Ya se van? ¿Tan luego?
- TITO: Claro, si no, se nos hace tarde. *(SALE.)*

- ISIDORA: *(SALE GRITANDO HACIA ADENTRO.)* Hasta luego Hortensia, gracias por todo.
- HORTENSIA: *(DESDE ADENTRO.)* De nada señorita Isidora. Hasta luego.
- ISIDORA: Y Jaime, ¿no ha llegado?
- GUILLERMO: Debe estar adentro.
- SERGIO: No estaba en su pieza. Yo fui a ver.
- MARIO: A lo mejor no quiere salir.
- SERGIO: ¿Y dónde va a estar?
- MARIO: ¡Qué sé yo!... Hay veinte partes.
- ISIDORA: Es que... tengo que decirle algo...
- YEYA: Tiene que haber salido. Después lo llamas por teléfono. Cualquiera creería que te vas a Europa. *(GUILLERMO MIRA A LA NIÑA.)*
- GUILLERMO: La gorda... Ahora sí que me siento abuelo de verdad, y es lo mismo que sentía cuando nacieron los niños... los miraba y pensaba: ¡Qué bien hechitos que quedaron! *(SUENA UNA BOCINA, CERCA.)*
- YEYA: Ahí está... Vamos. *(ISIDORA ABRAZA A ELVIRA Y A GUILLERMO.)*
- ISIDORA: Muchas gracias por todo, señora Elvy.
- ELVIRA: No te pierdas.
- ISIDORA: No... Hasta luego, don Willy. Acuérdesse.
- GUILLERMO: Hasta luego, m'hijita.
- TITO: *(ENTRA Y TOMA DOS MALETAS.)* Oye Mario, lleva

- la otra. Hasta mañana. *(SALE.)*
- ISIDORA: *(LE DA LA MANO A SERGIO Y ESTE LA RETIENE.)*
Chao.
- SERGIO: Chao.
- ISIDORA: No seas tonto. En realidad no me voy a Europa...
Chao, Mario. *(MARIO LA ESTÁ ESPERANDO CON LA MALETA JUNTO A LA PUERTA.)*
- MARIO: Te acompaño hasta el auto.
- ISIDORA: Oye, yo llevo esa, es liviana.
- ELVIRA: Que te la lleve él, nomás. Tienes que caminar hasta
la esquina, el pasaje es muy angosto para los autos.
(ISIDORA SALE JUNTO CON MARIO.)
- YEYA: *(BESANDO A ELVIRA Y A GUILLERMO.)* Mañana nos
vemos. *(ESTÁN JUNTO A LA PUERTA DE CALLE.)*
- ELVIRA: Hasta mañana.
- GUILLERMO: Hasta mañana, Yeya *(MIREYA SALE LLEVANDO SU GUAGUA. SERGIO ENTRA EN LA CASA.)*
- ELVIRA: ¿Qué le pasa a Sergio?
- GUILLERMO: No sé, ¿por qué?
- ELVIRA: Por nada... *(HACE UN GESTO DE DESPEDIDA A LOS QUE SE VAN.)* ¡Hasta luego! Bueno... todo vuelve a su sitio...
- GUILLERMO: ...por mientras...
- ELVIRA: Es una lástima que se haya ido es mucho más simpática que la Yeya. *(SE OYE EL AUTO QUE PARTE Y LA VOZ DE MARIO QUE SE DESPIDE DE LOS QUE SE VAN.)*

- GUILLERMO: Dijo que iba a volver.
- ELVIRA: Sí... pero ya no será lo mismo. *(ENTRA MARIO.)*
- MARIO: Voy a tomar once.
- ELVIRA: Dile a Sergio que no se olvide del remedio. *(MARIO ENTRA EN LA CASA.)* A Sergio le gusta la Isidora... Es simpática. Esta mañana estuve ayudándole a hacer las maletas y me quedé sin ir al cementerio, por primera vez en estos siete años, y ahora me siento como culpable de algo... El Tito no quiere ponerle María Cristina a la niña...
- GUILLERMO: Eso es asunto de ellos. No podemos meternos.
- ELVIRA: ¡Si lo conozco!, lo hace por molestarme. Me contradice en todo.
- GUILLERMO: Sabes que no es así. Nunca he visto que te falte el respeto.
- ELVIRA: ¡Cómo no lo ibas a defender!
- GUILLERMO: Tal como tú defiendes a Mario.
- ELVIRA: Todos los niños han sido siempre iguales para mí.
- GUILLERMO: ¿Todos? ¿Y Jaime? *(ELLA NO CONTESTA.)* ¿O no lo consideras tu hijo? Algún día tienes que perdonarlo.
- ELVIRA: *(AMARGA.)* ¡Perdonar! En esta casa se habla todo el día del perdón, de perdonar. ¿Me perdonaron alguna vez a mí?... Mi padre me pegaba hasta por hablar sin su permiso. Cada pequeña falta que yo cometía me la hacía pagar. A mis hermanos igual... Y tú los ves ahora. Hombres correctos, serios... Una vez se me cayó un florero, jugando, y escondí los pedazos. Cuando lo supo, no me miro durante un mes... Es increíble lo largo que puede ser un mes.

- GUILLERMO: Un año es más largo todavía... y siete años son eternos... *(ELVIRA SE QUEDA MUDA.)* Es mucho, mucho tiempo... a veces pienso que hay algo más que... bueno... *(CON DIFICULTAD.)* Siempre pensé que... que te has sentido... en cierto modo... culpable por la niña.
- ELVIRA: *(SE VUELVE BRUSCAMENTE HACIA ÉL CON LOS OJOS MUY ABIERTOS.)* ¿De qué estás hablando?
- GUILLERMO: Sí... que no perdonas en Jaime, el poco de culpa que tú tienes...
- ELVIRA: ¿Yo? ¿Qué tuve que ver en eso?, ¿qué tuve que ver? Dilo, pues...
- GUILLERMO: Bueno... *(EN SU TONO SE ANUNCIA QUE ALGO GRAVE SE AVECINA.)* Nunca hemos hablado... verdaderamente, sobre eso. Es difícil.
- ELVIRA: No hay nada que decir.
- GUILLERMO: Sí, hay. Hemos estado, yo por lo menos, pensando cómo podríamos hablar sobre esto, sin que nos doliera demasiado, pero no hay modo. Duele igual. Es mejor decirlo, soltar lo que tenemos guardado. ¿No es cierto?
- ELVIRA: Yo no tengo nada guardado.
- GUILLERMO: Yo sí... Hay muchas cosas que hemos estado pensando durante este tiempo. Y es mejor decirlas.
- ELVIRA: ¿Qué crees tú? ¿Que a mí se me ha olvidado? ¿Que me lo tienes que recordar?... ¿Me ayudaste en algo? Todo lo he hecho sola.
- GUILLERMO: Sí. Era muy difícil para mí... cuando volvía a la casa...
- ELVIRA: Para mí no fue fácil, tampoco. Perderlo todo de una

vez.

GUILLERMO: Yo había vuelto.

ELVIRA: *(CON AMARGURA.)* ¡Habías vuelto!... pero estabas lejos... todo se fue en un abrir y cerrar de ojos... Todo, todo... todo... *(DURA, RETENIENDO UNOS ENORMES DESEOS DE LLORAR.)* Habíamos sido felices, en cierto modo, ¿no?... Íbamos a ir a Italia, en un gran barco blanco, con nuestros cinco hijos... sin preocupaciones de plata, íbamos a arreglar la casa, y el jardín iba a volver a ser un jardín, pero Sergio se enfermó y tú te fuiste al poco tiempo, y cuando parecía que eso tenía solución... todo... todo desapareció...

GUILLERMO: Yo quería empezar de nuevo.

ELVIRA: Empezar de nuevo, ¿qué? Ya no había nada que empezar.

GUILLERMO: Me habías perdonado y volví para empezar de nuevo, aquí, contigo, ¡todo! Pero, en el fondo, yo estaba muerto para ti, no era nadie, no existía. ¡No me pediste ayuda ni una sola vez!...

ELVIRA: *(Casi gritando.)* ¿Tenía que pedírtela?

GUILLERMO: ...Como antes... ¿Qué hacía yo aquí? Quería irme de nuevo. Entonces ocurrió lo de Jaime... Bueno, ¿hablamos del asunto? ¡Yo soy un hombre viejo, mujer, no soy un niño!, ¡tenía derecho a saber cómo ibas a castigarlo!, porque resulta que también es hijo mío.

ELVIRA: No habrías hecho nada.

GUILLERMO: En todo caso no habría hecho lo que tú hiciste. Y habría sido mejor, porque ahora, por lo menos, viviríamos tranquilos.

ELVIRA: ¿Qué clase de padre eres tú?, ¡qué cómodo! Tener

- hijos y dejarlos... ¡que hagan lo que quieran!... Ni que fueran conejos.
- GUILLERMO: ¿Y...? ¿No son conejos? Pegados a tus pretinas... miedosos, incapaces de hacer nada solos.
- ELVIRA: ¿Tito también?
- GUILLERMO: Tito se escapó a los veintiséis años. *(RECALCA LA EDAD.)* Mario se escapará a los cuarenta... Y Jaime... sujeto a ti más que ninguno... *(ELLA VA A PROTESTAR, PERO ÉL LA INTERRUMPE.)* Sí, a ti, hasta que lo perdones... Yo reconozco que también tengo culpa en esto, pero no es la que tú crees, no es por no haber tomado tu partido... mi culpa es no haberlo ayudado... Pero estábamos hablando del castigo.
- ELVIRA: Y de que tú no lo habrías castigado.
- GUILLERMO: Él no es el único culpable.
- ELVIRA: El único culpable, ¿de qué?
- GUILLERMO: De la muerte de la niña, no podemos echarle toda la culpa a él.
- ELVIRA: ¿Quién más tiene la culpa?
- GUILLERMO: ¿Nunca has pensado en la parte de responsabilidad que tienes tú?
- ELVIRA: *(ÁCIDA.)* ¡Por favor, cualquiera diría que yo soy la culpable de que la niña...! ¿Cómo te atreves a decirme eso?
- GUILLERMO: Porque...
- ELVIRA: *(FUERTE, INTERRUMPIÉNDOLO.)* ¡¡Tú sabes que nadie más que él...!!

- GUILLERMO: *(DECIDIDO.)* Jaime tiene tanta culpa como tú.
- ELVIRA: ¡Estás loco! ¡Qué tengo que ver yo!, ¿cómo te atreves a decirme eso? ¿Qué he hecho yo? A ver, dilo, pues... Yo, que quise y cuidé a la niña más que nadie... Nadie la quiso tanto, nadie la cuidó con tanto cariño. Y, cuando pasó eso, yo fui quien la ayudó más. Cuando volvimos del doctor le dije que...
- GUILLERMO: *(SUAVEMENTE.)* Era la primera vez que le pegabas. *(SILENCIO. ELVIRA SE QUEDA INMOVIL POR UN INSTANTE.)*
- ELVIRA: Eso, era, ¿ah?... Tenía que hacerlo. Era mi deber. Mi padre no le habría pegado, nomás, ¡la habría matado!... ¿Por qué me dices esas cosas? Tú sabes que yo... tú sabes... *(LLORA.)*
- GUILLERMO: Cuando ocurrió todo eso... cuando encontramos a la niña... y la vimos, tú dijiste: «Fue culpa mía».
- ELVIRA: No es verdad. Estás mintiendo. Nunca lo dije.
- GUILLERMO: Nunca más volviste a repetirlo. Olvidaste que lo habías dicho, pero yo no... Pensaba que te sentías así, por la bofetada que le diste. Nunca le habías pegado antes... Y esa culpa tuya, esa culpa que tú sentías, yo te la perdoné... y creía que tú también lo perdonarías algún día... Muchas veces el niño ha querido irse pero yo no lo he dejado por eso. Pero ya han pasado más de siete años y todo sigue exactamente igual.
- ELVIRA: *(VENGATIVA.)* ¡Has olvidado a la niña! Has olvidado lo que pasó, cómo estaba cuando la vimos, ¡olvídate de eso, si puedes! La quería tanto... era mi niña... Quería lo mejor del mundo para ella, que fuera una gran dama y que fuera muy feliz, ¡lo hubiera tenido todo!... *(LLORA DE RABIA.)* Nunca, nunca lo perdonaré...

- GUILLERMO: Ya sé que sufres, pero el que más sufre es Jaime. Debes darte cuenta de eso, no eres la única que ha sufrido con lo que ocurrió... Te has transformado en un juez, ¡y con que Dios nos juzgue basta!
- ELVIRA: Yo desconfiaría de un Dios que permite que estas cosas sucedan y no sean castigadas.
- GUILLERMO: ¡Qué no sean castigadas!
- ELVIRA: A lo mejor... a lo mejor Dios me ha encomendado la tarea de castigarlo.
- GUILLERMO: Yo no sé si lo estás castigando porque lo quieres y piensas que hay que darle una terrible lección... o porque lo odias... Ahora él ha dejado de ser un... un castigado... es una víctima... Eso sí que no te lo puedo perdonar...
- ELVIRA: ¡No tienes nada que perdonarme!, ¡absolutamente nada!

Guillermo la mira y luego se va lentamente hacia la casa. Sale. Elvira, muy nerviosa, camina unos pasos y se sienta de espaldas al muro que da al terreno vacío. Arriba del muro aparece Jaime, que baja silenciosamente y se acerca a ella. Cuando comienza a hablar elvira no se mueve y ni siquiera lo mira.

- JAIME: *(CON UN ESFUERZO TERRIBLE.)* Mamá... Pobre mamá... creo que... ha sido peor para ti... has sufrido más que nadie. No te vayas. Siempre me atrevo a hablarte cuando ya te has ido, pero tienes que oírme.. porque ahora me voy yo... ¿Por qué se lo contaste a la Isidora?... Yo se lo iba a decir... no tengo vergüenza. Pasó hace mucho tiempo y yo, entonces, era otra persona. He cambiado... El Jaime de hace siete años está muerto. Soy distinto y ya no tengo vergüenza... y me atrevo a hablarte porque me voy. A lo mejor no volverás a verme nunca más... Háblame, háblame por última vez... no sabes lo que me

duele que nunca me dijeras, ni siquiera: Jaime... Me llamo Jaime, mamá, soy tu hijo... Sé que no me necesitas, tienes a Mario, a Sergio y los quieres... pero... ¿Ni siquiera adiós?... Es una palabra, por favor, una palabra y me voy... Ya sé que no me vas a perdonar. Ya lo sé... te quiero mucho, mi único deseo era que me perdonaras... o si no, castígame... si tú me dices, yo... *(ENTRA MARIO Y LOS INTERRUMPE. SERGIO VIENE MÁS ATRÁS.)*

- MARIO: No molestes a mi mamá, no le hables... ¡Tú, sinvergüenza!
- SERGIO: *(CORRIENDO HACIA ELLOS.)* Cállate, estúpido.
- MARIO: Tú sacaste la plata.
- JAIME: Sí.
- MARIO: *(A ELVIRA.)* ¿Ves? Yo sabía... Y rompiste las botellas, te emborrachaste.
- SERGIO: No. Las botellas las rompí yo. Yo me emborraché. *(MARIO LO MIRA, SORPRENDIDO.)*
- MARIO: Y, ¿qué hiciste con la plata?
- JAIME: *(SACA UN REVÓLVER DEL BOLSILLO Y LO DEJA SOBRE LA MESA.)* Compré esto... Quería matarme... Quería matarme, mamá, pero ya no lo voy a hacer, porque ya no tengo vergüenza... y ya no te molestaré más, me voy a ir, ahora.
- SERGIO: *(HORRORIZADO.)* ¿Cómo pudiste pensar?... ¡es que es tan absurdo! ¡Mamá! Dile algo, por favor... *(ELLA NO SE MUEVE.)*
- MARIO: ¿No ves que se siente mal? ¡No la molestes!
- SERGIO: ¡Tú no te metas!

- MARIO: Si quiere irse, mejor, ¡que se vaya! No le hables, mamá.
- SERGIO: *(LE DA UNA BOFETADA.)* ¡Cállate, ¡inútil!
- MARIO: ¡Infeliz!, desgraciao! *(ELVIRA SE LEVANTA.)* ¿Qué tienes?
- ELVIRA: *(MUY DESPACIO, CASI NO SE LE OYE.)* Me siento mal.
- MARIO: ¿Te acompaño arriba?
- ELVIRA: Sí... *(VA HACIA LA CASA.)*
- JAIME: ...Mamá... ¡Mamá! *(ELLA SE QUEDA UN SEGUNDO DETENIDA EN LA PUERTA Y, LUEGO, SIN MIRARLO, ENTRA A LA CASA, SEGUIDA DE MARIO.)* Adiós, mamá.
- SERGIO: Pero todavía no entiendo cómo puedes haber pensado eso. ¡Tú tienes todas las razones que existen para vivir!... Eres sano... ¡la Isidora te quiere tanto! *(ANSIOSAMENTE.)* Vas a ver, mi mamá va a reaccionar cuando vea que te vas. Tiene que perdonarte. Es su obligación. Si no lo hace... es porque es incapaz de querer a alguien.. Pero no puede haber cambiado tanto... es buena... Si la gente no fuera capaz de perdonar, no se podría vivir. Yo no podría vivir en un mundo así.
- JAIME: El mundo no se puede cambiar.
- SERGIO: Pero hay que tratar... de cualquier manera... alguien tiene que cambiar... a cualquier precio, para que todo se equilibre.
- JAIME: Pero, ya viste... No me dijo nada... *(SACA LA CADENITA Y LA MEDALLA DEL BOLSILLO Y SE LA PONE EN EL CUELLO.)* No tengo vergüenza, ahora.

SERGIO: ¿Por qué la guardas, todavía?

JAIME: Como recuerdo de...

SERGIO: ¿Y quieres acordarte de eso?

JAIME: ¿Crees que no hubo nada bueno entre nosotros? Parece increíble que pueda hablar de esto, por fin... Me sentía asqueroso. Pero ya no tengo vergüenza, te digo. Fue jugando casi. Limpiamente... Después supe que no era natural, pero resulta que lo único bonito y bueno que recuerdo, es eso tan terrible... eso que mi mamá no quiere perdonarme... Lo que ocurrió ese día en... *(INDICA EL TERRENO DEL LADO, CON UN GESTO.)* Allí, me parece tan terrible ahora, pero no tanto como lo que han hecho conmigo. Guardo la medalla porque ella me la regaló... todo lo que ella sentía, lo sentía yo también... Y cuando todos ustedes nos habían olvidado, estábamos juntos y nos contábamos hasta el menor pensamiento. Y ese día nos pusieron frente a frente, como si hubiéramos matado a alguien y dijeron cosas terribles que nosotros habíamos hecho... pero nosotros nos sentíamos como... una sola persona. Todo parecía tan sencillo... allí... nos sentíamos como solos en el mundo... como si nos hubiéramos escapado de una jaula y fuéramos libres, por primera vez. Sé que no era natural, te digo, pero, en ese momento, para nosotros no parecía algo... sucio... *(SERGIO SE SUJETA DE UNO DE LOS PILARES DEL BALCÓN, COMO PARA NO CAER.)* ¿Qué tienes?

SERGIO: Nada... me duele un poco aquí... *(SE TOCA EL COSTADO IZQUIERDO.)* No es nada... Ella tiene que... perdonarte... Tendría que suceder algo... algo que la remeciera... en el fondo... para que se diera cuenta...

JAIME: No hay nada que la pueda hacer cambiar.

SERGIO: Tendría que ser... algo... tan terrible... como estos

siete años...

JAIME: No estés así, siéntate.

SERGIO: *(SONRÍE CON DOLOR.)* Me voy a enfermar y no podrás irte.

JAIME: No puedo quedarme, tú sabes... Siento irme por ti.

SERGIO: Y por la Isidora.

JAIME: Sí, por ella, y por mi papá.

SERGIO: Y también por mi mamá. Por todos. *(JAIME MIRA A SERGIO Y SE DIRIGE A LA PUERTA DE LA CASA.)* ¿Y adónde vas a ir?

JAIME: A cualquier parte... No sé... Voy a hacer mi maleta. No es mucho lo que tengo... No le digas nada a mi papá. Mañana iré al negocio, allí le explicaré. *(ENTRA EN LA CASA.)*

SERGIO: ¿Mañana?... Mañana ya nada tendrá importancia...

Se queda un momento inmóvil, como esperando, luego se vuelve y mira el revólver, fijamente. Lo toma con suavidad y se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta. Vuelve con dificultad hasta el poste. Mario aparece en el balcón del segundo piso.

MARIO: Hace calor... *(EXCITADO.)* ¡Oye, mamá! Hay materiales de construcción en el terreno del lado. Sacos de cemento y ladrillos... Van a edificar, ¡que raro!, ¿ah? Después de tantos años. ¡Ya ni me acuerdo de la casa que había antes! Del incendio me acuerdo. ¡Cómo ha pasado el tiempo, tan rápido! Todos los años nuevos hago grandes planes y en febrero ya se me han olvidado todos. Pienso escribir y hacer que sé yo cuántas cosas... Hace un rato, cuando dijiste: «Es demasiado tarde», yo pensé: ¡qué buen título. Mira cómo se oye... «Demasiado tarde para arrependerse».

tirse»... ¿Tú crees que Jaime se va a ir de verdad?... Yo no creo. ¿Adonde va a ir?... El Pancho dice que su hermano encontró un canario muerto, no sé donde... Seguro que era uno de los nuestros. Pobre... Yo nunca me iré, mamá, siempre estaré contigo., no te olvides de eso. No sabría qué hacer ni dónde ir porque... bueno, eres la única persona en el mundo que... ¡Déjalos que se vayan todos, si quieren! Cuando se hayan ido, yo estare aquí, contándote todo lo que pasa... lo que pasa en Valparaíso y en el mundo entero. Me gusta contarte cosas... Es como si dependieras un poco de mí... *(APARECE JAIME, QUE TRAE SU MALETA, SALE AL PATIO.)* ¡Jaime se va!

SERGIO: No puedes irte así. Háblale por última vez.

JAIME: No, Sergio. No puedo quedarme.

SERGIO: ¡Háblale! Si te vas no hay solución, ¿no entiendes? Tienes que hablarle, otra vez.

JAIME: ¡No!, ¿para qué? ¡Se lo he dicho todo!

SERGIO: Entonces... no sirvió de nada lo que te dije... *(GRITANDO HACIA EL BALCÓN.)* ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven! ¡Voy a gritar hasta que vengas! ¡Mamá! ¡Apúrate! *(APARECE ELVIRA EN EL BALCÓN Y LO MIRA FIJAMENTE. SE VE DÉBIL Y CANSADA, COMO SI HUBIERE LLORADO. PERO, AL MISMO TIEMPO, TIENE ALGO FIJO Y SORDO, DE ESTATUA.)* Mamá, si no lo perdonas, te vas a arrepentir toda tu vida, ¡dile! *(SILENCIO.)*

¡Por favor, mamá, te juro que te vas a arrepentir si no le dices que se quede, ¡te juro!, es muy importante para mí. Dile que se quede... *(PAUSA, ESPERA EN SILENCIO.)* No lo vas a perdonar... no quieres.. era tan sencillo...bueno... ¿no hay... remedio? Era tan... tan sencillo... *(RÁPIDAMENTE SACA EL REVÓLVER DEL BOLSILLO Y SE DISPARA EN EL PECHO. CAE EN BRAZOS DE JAIME, QUE HA CORRIDO HACIA ÉL, GRITANDO.)*

- JAIME: ¡¡No!! (AL MISMO TIEMPO MARIO DA UN GRITO.)
- ELVIRA: (LANZA UN GRITO TERRIBLE, CASI INHUMANO.)
¡¡Sergio!!
- MARIO: (ENTRA, GRITANDO.) ¡Papá! ¡Papá!
- JAIME: Sergio... ¡Sergio!... (LLORA.) ¿Qué hiciste?... ¿Por qué? ¿Qué hiciste?... (SE DA CUENTA QUE SU HERMANO ESTÁ MUERTO Y LO ABRAZA CON DESESPERACIÓN, GRITANDO HACIA ELVIRA Y LLORANDO.) ¡No te perdonaré nunca! ¡Nunca! ¡Ni en mil años! ¡No te perdonaré nunca!... (SIGUE REPI- TIENDO ESA FRASE CASI INCONSCIENTEMENTE, MIENTRAS CAE EL TELÓN.)

TELÓN.